CHARLAS ACADEMICAS

EL PADRE ALFONSO CHACON

EL INDISCUTIBLE INICIADOR DE LA ARQUEOLOGÍA DE LA ARTE CRISTIANA

El P. Chacón, «Ciaconius» a la latina, tiene en los textos biográficos, italianos y no italianos, la fecha del año 1542, como la probable de su nacimiento, creyéndola la muy aproximada. También un tanto de insegura la de su muerte (alrededor del año 1600). Aquélla, la supuesta de su nacimiento, y seguramente en la ciudad de Baeza (provincia y antes «Reino» de Jaén), era un «miliario» cronológico, que nos autorizaba, en la Real Academia de la Historia, a dedicarle, dentro del año 1942, una conmemoración de las de Centenario. La sesión del miércoles, día 30 de diciembre (el penúltimo día del año), se le consagró a instancia del que esto escribe: iniciador, que se tiene a sí mismo, del fácil pero antes de nadie realizado pregón reivindicatorio en su honor: en alabanza y loor del dominico P. Chacón, como el iniciador, él, e indiscutible iniciador, de los estudios de la Arqueología de la Arte Cristiana. La vindicación muy precisa, por el desvío de los escritores no españoles, pero más aún por el olvido de los connacionales, el que es olvido casi absoluto. La casi totalidad de los arqueólogos españoles, así los del siglo XIX (cuando nuestra disciplina ar-

queológica afrancesada), como los del siglo XX (cuando la nuestra... ya hispanizada castizamente), olvidados vivieron, y olvidados todavía viven, de los méritos del primero en el orden del tiempo, de los arqueólogos de arte españoles.

Esta última frase pídeme urgentemente una mía rápida explicación, la que ya va dada en libro mío publicado y en nueva publicación ahora. Porque son tres (no uno solo) los excelsos arqueólogos españoles del siglo XVI, muy coetáneos, y los tres no viviendo y no formándose arqueólogos en las Españas, sino en Roma, en la Ciudad Eterna, la que preñada estaba de siglos, de mudas y no descifradas a la sazón enseñanzas arqueológicas cristianas: y precisamente eran, los tres, varones de una misma generación, y los tres, viviendo a la vez en Roma, vivificando su saber personal ante las huellas seculares, del todo parleras (palabras a veces descifrables, pero a veces indescifrables), del pasado cultísimo de las generaciones de la Edad Antigua y de la ya entonces trasandada Edad Media.

El notabilísimo triunvirato es el de los que llamaré los tres no precisamente discípulos de maestros, sino discípulos de la ciudad misma, de la alma Ciudad Eterna; son sus apellidos, Agustín (Antonio), Chacón (Pedro) y Chacón (Alfonso); tres coetáneos: Antonio Agustín, zaragozano, n. 1517 † 1586; Pedro Chacón, toledano, n. 1527 † 1581 en Roma; a Fray Alfonso Chacón, bastitano, teníasele por nacido en 1542 (?), naciera en 1530 y † por antes del 1601 (en 1599), en Roma también. Los tres, a la vez, doctos en muchísimas otras materias, que no sólo en las arqueológicas, teólogos, canonistas, moralistas, historiadores; y en cuanto a Arqueología del todo especializados, y muy bien especializados: Antonio Agustín, singularmente en Numismática y en Iconografía clásica; Pedro Chacón en todo lo científico clásico (calendario, ponderables, medidas...), y Alfonso Chacón, iniciador del estudio de las Catacumbas y de su

Arte, y de la Historia Iconográfica de la Arte cristiana medieval, más singularmente.

La conmemoración en la Academia, como de centenario, quedó fallada luego. Fallada, porque suscitado el tema en la Academia el día antes dicho, y no acabándose de redondear la Charla conmemorativa, aportóse en la sesión académica subsiguiente, por el señor Marqués del Saltillo, el día 2 de enero de 1943, una información biográfica de años impresa en España, y en Roma y en el resto de Europa no conocida; y por ella resulta que el P. Chacón no nació «en 1542», o «por 1542» como se dice por la erudición europea traspirenaica, sino en 1530 (el 26 de enero, precisamente) [1].

Y en cuanto a la fecha de su muerte en Santa Sabina de Roma, es curioso recordar aquí que la lápida en aquella iglesia, puesta en su honor en 1919 por el doctísimo General de los Dominicos P. Berthier, dice que falleció en 19 de enero de 1599. ¡Cuando dice (en cambio) que falleció en 1601 la lápida-letrero de la nueva calle vecina, que dice «Via Alfonso Ciacconio, Storiógrafo domenicano † 1601 nel convento di Santa Sabina», y tal edilicia denominación de calle, a instancias lograda de los dominicos del convento y las del propio P. Berthier!

Pero al fin, centenario o no centenario, se ha celebrado en la Academia al P. Chacón, y en este escrito va a quedar, acrecentada, la oportuna resultancia, procurando que sea el comienzo de los pregones reivindicatorios aludidos.

Antes, sin embargo, de entrar en mi tema concreto, el de reivindicación del arqueólogo y de pregón de sus méritos, creo oportuno lograrle publicidad a la rectificación definitiva, o mejor diré, establecimiento definitivo de las fechas de nacimiento y muerte del P. Chacón, hasta hoy del

[1] Góngora, en su libro del *Colegio de Santo Tomás... de Sevilla,* sólo editado en 1890 por los Bibliófilos andaluces, a la p. 107.

todo embrolladas e indecisas, y son las que ya dejo dichas: 1530 † 1599.

Al dar, sobre todo de palabra en mis múltiples conferencias, mas también por escrito, una referencia, nota biográfica, tengo siempre la costumbre, y aún diré que el prurito, de estar mentando en cada caso la edad del personaje de que trato: las fechas son siempre fechas, cifras, y se oyen distraídamente; cuando los años de edad, parece como que no se oyen solo, sino que se meten por los ojos. En mis muy repetidas visitas-conferencias a la Pinacoteca Vaticana en los años 1936-39, bien pude observar (por ejemplo) en las y los oyentes, la frialdad con que oían las fechas de los tres grandes y portentosos retablos de Rafael, colgados ahora en una sola pared amplia, 1503, 1511 y 1517-20, y cómo, en cambio, atendían singularmente cuando decía la cosa de esta otra manera, referida a la edad del genial pintor: *La Coronación de María* (de Perusa), pintada a los veinte años de edad; *La Madonna de Foligno,* a los veintiocho años; *La Trasfiguración,* de los treinta y cuatro a los treinta y siete, edad en que murió, sin terminarla. Y es que, así, la cronología se «desmatematiza», pero se «humaniza» a la vez: da «viva» la nota propia.

Antes una otra nota, que diremos negativa: de las veintidós obras del P. Chacón, que numera el más reciente de sus bibliógrafos, el P. Sagredo (entre publicadas e inéditas, y las perdidas sin edición), la fecha más antigua de publicación es la de 1576 (la de la *Columna de Trajano* y también la del *Alma de Trajano):* dicho a mi manera, cuando Chacón ya tenía sus buenos cuarenta y seis años cumplidos.

La lápida de la iglesia de Santa Sabina, al dictado más personal, sin duda, del ilustre P. Berthier — él mismo, un sabio, y además General de los Dominicos («Maestro General» se les llama) — y en tal cargo desde muchos años, y pudiendo aprovecharse al caso de la rebusca, del celo de los investigadores de su propio hábito, tiene gran valor y

presunción de exacta, y aun la consideraría más significada por darse el detalle del día y mes («19 de enero») además del año de la muerte que se señala: el 1599.

Yo, por mi parte, ya había visto en documento pontificio oficial, fechado el 13 de noviembre de 1599, para la publicación del gran libro de Chacón, *Vitae et gesta* [sic] *Summorum Pontificum,* que el Pontífice, al dirigirse al sobrino del P. Chacón, da a éste por ya fallecido; si tantos escritores de Bibliografía no cayeron en la cuenta, debióse a que, si el Breve es de 1599, la edición de los dos tomos es de 1601 el primer tomo (apud Paulinum), y de 1602 el tomo II (apud de Francischis), y sobre todo se debe a que las palabras del Papa (Clemente VIII, Aldobrandini) están en diminuta abreviatura, no descifrada o no notada por los aludidos bibliógrafos (Nicolás Antonio, Guetip-Echard, Sagredo: el maestro, Nicolás Antonio, de la Bibliografía de España, los maestros de la Bibliografía dominicana, Guetip-Echard, y el de la Bibliografía dominicana de la Provincia Bética, Sagredo).

La sola frase del Papa, Clemente IX, Aldobrandini, dice lo que al caso en pura abreviatura (por otros no descifrada) y con el equívoco (por añadidura) de nombrar dos veces a Alfonso Chacón el Papa, sin caer los lectores en la advertencia de que se habla de dos Alfonsos Chacones, homónimos el tío (el famoso fraile y patriarca) y el sobrino (y heredero), y dícele al tío muerto ya, pero lo dice con solas dos sílabas, «bo me»: las que bien se descifran al saberse y leerse tal duplicidad de homónimos y deudos, explicándose que, por la muerte del tío «de buena memoria» («**bo***nae* **me***moriae*») era al sobrino, al sobrino del mismo nombre y apellido, a quien se le daba el permiso y las ventajas pecuniarias de la publicación del libro. Véalo, en el latín del Breve, el curioso lector: «Cum, sicut accepimus, dilectus filius Alfonsus Ciacconius, bo [bonae] me [memoriae] Alfonsi Ciacconi nepos, quemdam librum Vitae et gesta Pontificum...», etc. (Está en la hoja postiza tras de la portada,

también postiza; ésta cifrada en 1601, pero el documento pontificio en 13 de diciembre de 1599. (Traducido dice: «Como, según sabemos, el dilecto hijo (del Papa) Alfonso Chacón, sobrino del Alfonso Chacón de buena memoria, un cierto libro de Vidas y Gestas de los Pontífices... etc.» [1].

Por primera vez, pues (creo), sacamos ¡al fin! la cuenta exacta de que el P. Chacón vivió (del 20 de enero de 1530 al 19 de enero de 1599) sesenta y nueve años menos siete días (sesenta y ocho años, once meses y veinticuatro días); y lo anoto así, por ser tal curiosidad de precisión, bastante general en la epigrafía sepulcral romana del tiempo, en la que tantas veces se dicen los meses y los días del pico, en la cuenta de los años de vida del difunto [2].

* * *

[1] En otra frase de la edición, la palabra «patruus», tío paterno, referida al escritor Chacón, se le supone dicha por otro que no por el sobrino homónimo: por Cabrera Morales.

[2] Nicolás Antonio, nuestro grande bibliógrafo, y quien vivió en Roma tantos años y allí elaboró su magno libro, de las fechas del Chacón, al dar tantas de sus libros (algunos ya en 1601), lo que añade son estas palabras, equivocadas: «obiit ergo Romae, non quidem anno (ut Scoto excidit in «Bibliotheca», Ghilinoque in «Theatro» suo) 1590 nam sequentibus aliquot edidit opuscula [pero varias de tales fechas son de ediciones póstumas: «De jejuniis» en 1599, «Documentos y avisos espirituales», en 1601, «Elegantiarum... Ciceronis», en 1601]; «nec ut aeque errante putavit calculo J. A. Thuanus... 1599, aetatis suae 59...; sed aliquot postea annis, nam anno 1601 uti diximus [por lo de «Elegantiarum», tal año editados].

Guetip (1721), al margen de las columnas de su referencia, pone la crucecita de muerte y debajo de ella 1601, y en el texto dice (tras lo de consagrarle Patriarca, Clemente VIII): «Ea dignitate si adeam evectus, diu non potitus est, obiit enim Romae aetatis 59, non anno 1590, ut excidit Andraea Schotto in Bib. Hisp., nec anno 1600 [escrito, así: MDXCX!, es decir, «90 y 10»] mense februario, ut refert J. A. Thuanus..., sed quibusdam annis postea, Nam anno 1601 vivebat adhuc et scribebat, ut docet Antonius [Nicolas] in Bib. Hisp...»

Sagredo, finalmente, por su parte, pone al título de la total pape-

Un punto de la cronología, un jalón (digo) de su edad nos pica la curiosidad mayormente: la de cuántos años ya tenía el P. Chacón cuando dejó España (dejó Sevilla), por Roma, la Ciudad Eterna en la que al parecer había de vivir todo el resto de su vida. Porque, la fecha, implica poder o no poder adivinar si su mayor vocación personal por los estudios históricos y los arqueológicos nació en la tierra patria, o en la ciudad eterna después. El P. Chacón, según el P. Sagredo, fué llamado a Roma por el Papa San Pío V, por breve dado en octubre de 1566, y dice (antes de la frase correspondiente) que por entonces (al recibirse de «Maestro», esto es, de «Doctor») empezó a manifestar sus aficiones arqueológicas y numismáticas, convirtiendo su celda («cela» dice el impreso, por errata) en un verdadero museo. Tan prodigiosa era su erudición (añade) que, llegada su fama a oídos del Papa San Pío V...», etc. Antes que el P. Sagredo, del tiempo reciente (libro de 1922), quien, único acaso, habló de la llamada de San Pío V (pues Nicolás Antonio y Guetif no hablan nada de San Pío V, sino ya de las relaciones de Chacón con Gregorio XIII, Buoncompagni), fué Góngora el verídico historiador, tan documentado, del dominicano Colegio de Santo Tomás de Sevilla, que es quien sabe todas las fechas (años, meses y días) de cada uno de los sucesos sonados del P. Chacón: datos por cierto que fuera de España hasta el día de hoy no aprovechó nadie. Y se ve que el Colegio archivaba cuanto Góngora aprovechó en sus textos; y el tal libro dice (después de decir que el 24 de julio de 1566 recibió el grado de doctor en Teología, en Sevilla) [o al menos en España, seguramente] que «San Pío V lo llamó a Roma por Breve de las kalendas de octubre [1 del mes] de 1566 y

leta «Chacón... 1530 † 1600»; pero al final del párrafo biográfico, lo que dice, en su libro de 1922, es lo siguiente [p. 45]: «El Papa Clemente VIII le consagró Patriarca..., y según algunos biógrafos dicen, estando recibiendo los plácemes le sorprendió la muerte, que unos ponen en 1592, otros en 1599, y alguno en 1600.»

salió del Colegio el 10 de abril de 1567. El Papa, San Pío V, le encargó de la Biblioteca Vaticana, señalándole algunas pensiones en prebendas eclesiásticas y en un canonicato de Sevilla». Tenía, pues, el P. Chacón, en el trance más transcendental de su biografía, treinta y seis años, cuando la llamada, y ya treinta y siete cuando la llegada a Roma. En Roma había de vivir sus no menos de treinta y dos años y medio.

Oficialmente (por noticias y fechas, siempre precisas, de día, mes y año) sabemos por Góngora, como de sus cargos en Sevilla, también de sus estudios que llamaremos oficiales (los realizara en la Universidad de Baeza, primero, y en el Convento de Jaén y en el Colegio de Sevilla, después) y son los de Teología, Teología Moral, Sagrada Escritura, y de una de estas sagradas disciplinas sería su magisterio, después, de Lector «de Vísperas» (la clase de segunda importancia) aun antes de su doctorado, y precisamente el año inmediatamente anterior al de su llamada a Roma, 1565.

Aunque en la información biográfica del Colegio, tan plena en lo que dice y lo que precisa, no haya ni la más mínima alusión a lo arqueológico y artístico, ni tampoco, siquiera, a lo histórico, no tenemos grave reparo en admitir del contemporáneo nuestro P. Sagredo lo ya dicho de sus ya entonces manifiestas aficiones arqueológicas y numismáticas, «convirtiendo su celda en un verdadero museo»; y a la vez de las aficiones más corrientes, las históricas (historias narrativas), aunque de éstas, más generalizadas, como siempre, entonces, tampoco digan nada los dos textos andaluces, el del viejo y tan documentado Góngora y el del moderno y tan abreviado Sagredo.

Nótese que en Roma, luego le domina a Chacón un celo histórico entusiasta por Trajano, ya que su primer libro y a la vez su primer «folleto», ambos históricos, de la Columna el uno y el otro de la leyenda «piadosa» de Trajano, son impresos en 1576, a los nueve años de llegar a Roma; y ahora recuérdese que la patria de Trajano está junto a Sevilla,

en Itálica, cuyas ruinas romanas subsistían, inspirando tan pronto, después, el numen poético del andaluz Rodrigo Caro y recuérdese, en la mismísima área de Sevilla (de la Hispalis de la antigüedad), la subsistencia de vistosas ruinas, cuales las dos columnas llamadas de Hércules, siempre famosas.

Pero aún cabe pensar que los estudios históricos, prefiriéndolos a los teológicos, fueran para Chacón el camino que más naturalmente le condujera a lo arqueológico: así serían dos pasos, o dos saltos, y no uno solo, los que condujeran al teólogo a los terrenos de su definitiva predilección estudiosa. Ese curso se autoriza con el hecho indiscutible que lo histórico lo dejó redactado plenamente, y no lo arqueológico, al que diera tantos entusiasmos. El grande de sus trabajos es la obra del Pontificado historiado en sus quince, y el XVI, siglos primeros de la Iglesia.

* * *

No fué Chacón el primer historiador de los Papas: en el Renacimiento le precedieron ya otros dos historiadores, pero en obras relativamente o comparativamente diminutas: el primero, Platina (n. 1421 † 1481), a los promedios del siglo XV (el perseguido de Paulo II, Barbo, y antes y después el tan favorecido del doctísimo Pío II, Piccolómini, y del magnífico de mecenazgos Sixto IV, Róvere), y años después el agustino Onofrio Panvinio (n. 1530, en Verona, † 1568), no sólo, éste, en el mismo siglo XVI del Chacón, sino del todo coetáneo del mismo, pero contemporáneo desdichadamente malogrado. Digamos por ahora de él tan sólo que en todo y por todo fué el precursor de Chacón, y aquí en este lugar, recordándole tan solamente, por su *Epítome vitarum Romanorum Pontificum* (que comenzó a publicarse en 1557, diez años antes de la llegada a Roma de Chacón) y el *Romani Pontifices et Cardinales* del mismo año.

El otro y segundo antecedente de la mayor empresa de texto del Chacón, se refiere precisamente al mismo Panvi-

nio, pues Felipe II (quien por entonces no estaba de asiento en España, acaso, sino en Flandes, Inglaterra o Alemania) a Panvinio le encargó que elaborase una Historia de la Iglesia, la que por caso raro o al menos curioso, se vino en llamar con el nombre del primo y cuñado por Felipe II odiado (razonadamente odiado), con el título siguiente: *Chronicon Ecclesiae usque ad Maximilianum II,* siendo publicado en Colonia, en 1568, el mismo año en que muriera Panvinio en Sicilia. De Panvinio, además, en el mismo 1568, se vino a publicar la iconografía papal *Pontificum Romanorum imagines,* con 2.000 figuras, primera Colectánea de las inscripciones sepulcrales de los Papas y los Cardenales, con notas biográficas: la obra que para Souchon es, de las de Panvinio, la más madura.

No cabía mayor lamentable desgracia que la de Panvinio, malogrado a sus solos treinta y ocho años (y mes y medio) de su edad, para todos los estudios que iban a ser luego la plenitud de la vida de trabajo de Chacón, al acabar de llegar éste a Roma. La suerte fué tener Panvinio, y recién llegado de España, a un posible, si no comparable o parangonable sucesor, que iba a tener que recoger su herencia intelectual, así en lo de la Historia pontifical, como en las ramas de la no apenas iniciada sino sólo adivinada Arqueología religiosa cristiana, como después veremos.

Me cabe poca duda, en nuestra ignorancia, de si hubo trato, que presumo luego pleno y cordial, entre Chacón y Panvinio. Ambos (es ahora cuando los podemos cronometrar) de una misma edad, pues nacidos en el mismo año de 1530, y en el mismo invierno: el 24 de febrero en Verona, Panvinio, el malogrado, y en Baeza antes, el 20 de enero, el bienlogrado Chacón, éste con solos treinta y cinco días más de edad. Y, precisa reconocerlo: que al enfrentarse en Roma, al llegar Chacón allá en el verano de 1567 (el día y mes lo desconocemos, no sabiendo cuánto duró el viaje iniciado el 2 de abril), Panvinio era un maestro, y era sólo un

futuro y había de ser póstumo discípulo, Chacón. Y digo póstumo, pues Panvinio había de tardar cosa de solos seis o siete meses en morir, y no en Roma, sino en Palermo, a donde acompañaba a su gran protector segundo (el primero lo había sido el Cardenal Cervino, efímero Papa Marcelo II), el Cardenal Alejandro Farnesio, que iba a reunir sínodo en Monreale, junto a Palermo (de cuya sede era Arzobispo, y por cierto, por nombramiento libre de Felipe II). Creeré que debieron de conocerse personalmente los dos doctos, pero no hubo mucho tiempo ciertamente para verdaderas lecciones orales, en cursillo. El que Felipe II encargase a Panvinio la redacción de un libro, de antes, y que el propio Felipe II, ciertamente mucho después, quisiera nombrar a Chacón Obispo, me hacen suponer probables unas como anteriores regias recomendaciones al italiano a favor del andaluz. Ya en tales últimas fechas el Rey estaba de asiento en España desde varios años, y atento con predilección a estudiosos, y muy particularmente a los de estudios como los de Panvinio y Chacón.

* * *

La vida del P. Chacón es, particularmente en Roma, una vida toda dedicada al estudio, a los estudios de todo orden, y en verdad hombre muy de afanes enciclopédicos. Fuera de ello todavía debe recordarse aquí, para comprenderle mejor, algo más de su «curriculum vitae». En primer lugar, que de jovencito inclinóle a vida religiosa la predicación del «apóstol de Andalucía», el manchego Beato Juan de Avila (n. 1500 † 1569); en segundo lugar, que en la Orden y en España sus estudios, seguramente muchos, no fueron de especialización histórica y arqueológica, sino los doctrinales todos; luego, que S. Pío V (dominico, el Papa) le llevó a la Biblioteca Vaticana; y que el sucesor inmediato, el Papa Boncompagni Gregorio XIII, le nombró Penitenciario en Santa María la Mayor, donde entonces como ahora eran y son todos dominicos y de varias nacionalidades, pre-

cisamente para poder confesar peregrinos cada uno en su lengua (y el P. Chacón lo sería «pro lingua hispánica», y ¡en plural, de las lenguas hispánicas!, portugués y catalán inclusive, presumo yo); que el Papa inmediato sucesor (estamos en la racha de los tres grandes Pontífices del siglo XVI avanzado), Sixto V, Peretti, le encomendó la instalación de la gran Biblioteca del Vaticano, al subirla desde los estrechos pisos bajos de la «Florería» a las excesivamente lujosas monumentales instalaciones actuales; que por entonces, o poco antes, Felipe II le quiso nombrar obispo de una de las diócesis de Castilla, negándose a aceptarla el escritor, precisamente por no dejar sus estudios y sus publicaciones; que el tercero de los tres efimerísimos Papas elegidos (1590-1591) al triple triunfo diplomático, triplemente malogrado, del partido español, es decir, el Papa Fachinetti, Inocencio IX (reinado de tres meses y nueve días, del año 1591), le nombró Patriarca de Alejandría («in partibus infidelium», esto es, sin jurisdicción y sin rentas ni emolumentos, pero alta dignidad católica), viniendo ya a ser consagrado tal por el sucesor, el Papa Aldobrandini, Clemente VIII: en cuyo ya no corto reinado o pontificado (de más de trece años) había de ocurrir la muerte del P. Chacón.

Sagrero, y otros antes, dicen que Clemente VIII consagró al Patriarca Chacón, lo que parecería querer indicar que el Papa mismo, asistido inexcusablemente de dos obispos, le elevara en la misa y ceremonias de la consagración episcopal, ésta un sacramento e igual para todo obispo, arzobispo o patriarca; pero yo creeré que el usar los textos la frase «consagrar», es sencillamente porque nombrarle patriarca ya le había de antes nombrado el difunto Papa, inmediato antecesor del Papa Aldobrandini: pero puedo equivocarme.

Se sabe que el P. Chacón está enterrado en Santa Sabina, la primera casa de los Dominicos en Roma, y desde la persona de Santo Domingo de Guzmán, la casa generalicia.

(Lo vuelve ahora a ser; pero en los siglos penúltimos se había trasladado su asiento a Santa María Sopra-Minerva, y en el siglo XIX a casa más modesta.) Pero cuando los grandes bibliógrafos de la Orden de Predicadores, los franceses Guetip y Echard, a principios del siglo XVIII, pidieron conocer, al caso, la memoria marmórea sepulcral, ya se les contestó por los hermanos de hábito romanos, que no la había, ni se tenía idea de haberla habido; y es como ya queda dicho, en el siglo XX, cuando una lápida da su recuerdo personal: pero sin posible localización en un punto dentro del amplio ámbito de la bellísima iglesia: en la que otros dos españoles tienen insignes monumentos sepulcrales, del siglo XIII y del siglo XV (reproducidos en mi libro), los que son los más bellos del templo y de toda Roma, en su género respectivo. El hecho de ser enterrado en Santa Sabina, me parece consecuencia natural de haber dejado, al ser ya Patriarca, el cargo de Penitenciario en Santa María Maggiore, pues los Penitenciarios viven juntos en casa especial, y allí, ya, por el cargo, independientes del estricto cumplimiento de la disciplina monacal. (En Santa María-Maggiore, eran y son todos dominicos; franciscanos son en San Giovanni-in-Laterano, y jesuítas eran en San Pietro-in-Vaticano.) Era, pues, ocupación sacramental, que precisando doctrina de Teología Moral y de Cánones, daba largas horas de holgura y días enteros para dedicarse a los estudios, cuando el Penitenciario era un sabio, como lo fué el P. Chacón. Tampoco la altísima dignidad Patriarcal (a haber él sobrevivido a su consagración episcopal) le hubiera cercenado (y todavía menos) días ni horas para tantos y tantos estudios de su múltiple predilección y obsesiones sinceras: salvo la misa y el rezo, todo el día para el estudio [1].

* * *

[1] Establecida ya la fecha bien concreta de la muerte del P. Chacón en 1599, ya no cabe, a mi ver, tener por verídica la especie de

Cuando se habla del historiador que fué el P. Chacón, se suele referir, principalmente, a su magna obra, la *Historia de los Papas.*

Propiamente (y aparte tantísimos elementos e informaciones sueltas, y las largas listas seculares de los Pontífices, con notas de algo de la labor respectiva de cada uno de ellos), la historia de los Papas, se inicia propiamente, como empresa totalitaria, con el Renacimiento, y concretamente desde el que llamamos primer Renacimiento, aun en los últimos tiempos de la Edad Media: no es el P. Chacón el primero, aunque tenga luego su libro una amplitud del todo nueva, inusitada de verdad.

Y claro que me refiero a la primera edición de las «Vitae

que le sorprendió la muerte recibiendo los plácemes por su consagración episcopal de Patriarca. Porque si la consagración fué por el Papa Aldobrandini, Clemente VIII, el nombramiento había sido del Papa Facchinetti, Inocencio IX, y por tanto en otoño de 1591; Clemente VIII en principios del 1592 fué promovido Papa, y falta toda verosimilitud a que aplazara la consagración de Chacón tantos años, seis, no siete pero casi justos, pues Chacón murió en 19 de enero del 1599, y el tal Papa había sido elegido el 30 de enero de 1592.

En realidad, todo lo del patriarcazgo queda por fuerza sometido a revisión, investigando en archivos el caso, incluso porque no deja de ser sorprendente que en ninguna de las ediciones póstumas de obras de Chacón, singularmente en las *Vitae,* no se le decorara el nombre con el alto prestigio de una dignidad prelacial de tanta significación: dignidad no olvidada por varios de sus biógrafos, sin embargo. De éstos, sin embargo, los franceses Guetip-Echard, no dejan de decir: «Algunos traen (a Chacón) hecho Patriarca alejandrino por Clemente VIII por sus méritos para con la Iglesia: lo que el Fontana en su *Theatro* o ignoró u omitió.» Este Fontana, es Vincenzo, dominico (que nació por 1610 y murió después de 1675), historiador, canonista, autor de grandes obras totalitarias sobre la Orden de Predicadores: *Constitutiones... Monumenta...,* etc., y la aludida es el *Sacrum Theatrum dominicanum,* publicado en Roma en 1666. Fontana, en Roma, había recibido el hábito en 1629, sólo treinta años después de la muerte en Roma de Chacón.

et Gesta *[sic]* [1] Summorum Pontificum a Christo Domino..., necnon S(acrae) R(omanae) E(cclesiae) Cardinalium». En la misma, ya supone su discípulo Francisco Cabrera Morales que son de redacción del mismo Cabrera los capítulos de los Pontífices del siglo XVI (Alejandro VI, Borja, inclusive), pero ciertamente que el acopio total de tales últimos dieciocho capítulos o reinados, al P. Chacón ha de atribuirse, pues si no es seguro que en vida suya se estuviera imprimiendo uno y acaso el otro tomo, ciertamente que la obra estaba ya muy del todo preparada.

En la segunda edición (de 1630) y en la tercera sobre todo (de 1677...), se agregaron las vidas posteriores de cuatro más y de tres más pontificados sucesivos, pero en la misma segunda, pero sobre todo en la tercera se acumuló texto adicional a todos los capítulos, pero en la una, como en la otra, llevándose el cuidado sistemático en que, las unas y las otras adiciones, fueran aparte y a continuación de los textos personalmente chaconianos. Solamente en lo monográfico de cada cardenal, y sólo en la tercera edición,

[1] La frase «gesta» en el título del gran libro de Chacón, debió de parecerles mal a los editores continuadores de la obra en su 2ª y en su 3ª ediciones; la creerían frase poco elegante o acaso un mucho española, pues nosotros decimos «gestas» en plural, a lo que en latín, en plural, se dice «gesta», significando «hechos señalados, hazañas». Era, por el contrario, en el latín bárbaro romano donde se habían soldado en una palabra «regesta», plural «regestae», frase usadísima en los Archivos Vaticanos; y quizá ya en el Renacimiento, creyeron los continuadores de Chacón que «gesta» no debía usarse cual sustantivo, sino solamente como participio del verbo «gérere». Y así en la segunda y en la tercera edición, en vez de *Vitae et Gesta...* (de la primera edición, y del Breve para ella del Papa Aldobrandini), el título comenzó con las palabras *Vitae et Resgestae...* algo redundantemente... «Romanorum Pontificum».

«Regesta», en los Archivos Vaticanos, es una sola palabra medieval, pero de verbo «gerere», va en significado de copias, traslados o anotaciones, y por eso Chacón evitó la frase, buscando otra mayor significación: la de «gestas»

el P. Oldoino, jesuíta, refundió los respectivos textos, rehaciendo, extensas, las respectivas narraciones monográficas: mas no en cuanto a los Papas.

Así las de Cardenales, en proporción pequeñas, como las de los Pontífices, bien extensas a las veces, nos ofrecen, más que nada, la historia documental, en cuanto a los siglos relativamente recientes, y la historia que diremos literaria (de fuente de cronistas o de escritores eclesiásticos), en los siglos más lejanos. No busque el historiador moderno una plena visión de los problemas de cada siglo, ni la de notas psicológicas de cada uno de los biografiados. En cambio tiene, en general, una mantenida solidez, toda o casi toda la información del P. Chacón y de sus colaboradores póstumos. A Chacón y los que llamaríamos los Chacónidos, no se les pida información de los archivos secretos, pero sí de los archivos corrientes de la Santa Sede. Diríamos que todo es Historia externa, pero bien extensa y muy escrupulosamente recogida.

La ilustración gráfica del gran libro de Chacón, *Vitae et Gesta*, acabó por ser espléndida en la tercera edición, la Chacón-Oldoino, y ya comenzaba a ser notable en la segunda edición, todavía interviniendo el colaborador personal discípulo de Chacón, Francisco Cabrera Morales. Pero ya se anunciaba al menos esa atención a lo gráfico, y con procurado valor histórico, en la primera edición.

No creo que deba caber duda acerca del origen de ese afán por lo gráfico histórico, presuponiéndolo pasión del primitivo autor, como yo lo presupongo: sobre todo ahora que conocemos sus álbumes de otras informaciones gráficas para otros libros por él concebidos, nunca escritos. Y no se olvide que por fuera y por de antes de sus Papas, de sus Mosaicos, sus Frescos, sus Sepulcros y sus Catacumbas, Chacón lo primero que editó y publicó, aunque a empresa bien cara de financiación ajena (papal, seguramente), fué el texto suyo para la copia, dibujada por Girólamo Muziano, del

desarrollo de 200 metros helicoidales de la *Columna de Trajano* [1]. Y así, yo diría que la total ilustración de las *Vitae,* progresivamente acrecentada en cada una de las tres ediciones, obedeció a un primer programa discurrido y acariciado por Chacón: programa ambicioso, solamente logrado, poco a poco, de la primera a la segunda y a la tercera de las ediciones de las *Vitae et Gesta.*

* * *

Es curioso ver cómo al P. Chacón, los que más se han ocupado de él, los bibliógrafos (autores de *Bibliotecas*), y tras ellos los eruditos todos, no le conocieron propiamente como arqueólogo. Al menos no le conocieron (a través de dos o tres siglos) como arqueólogo de la Arqueología cristiana: pues su descripción y estudio de la *Columna de Trajano,* era desde luego, y por excepción, conocidísima de todos, y con muy repetidas ediciones. Y es que con su labor generosa, atenta a lo arqueológico, ha corrido por tres o cuatro siglos una semiinvoluntaria equivocación: los bibliógrafos le citaban algo de tales trabajos aludidos, pero nadie los había visto, y cuando por otro lado se veían por alguien, no se atribuían sus textos manuscritos, llenos de dibujos, al P. Chacón. Me refiero a sus álbumes concretamente.

Los tres álbumes vaticanos (los tres más importantes de cinco o más, pero los únicos tres que yo conozco y he estudiado), se citaban (cuando raramente se conocían y se mentaban) a nombre del Monseñor que fué propietario o poseedor de ellos apenas muerto Chacón y que dejó en alguno de ellos nota de su nombre y apellido: a Francisco Peña.

Pero en realidad ya de bastantes años conocido el verda-

[1] El relieve de 200 metros, tiene 2.500 figuras (humanas), en mayor o menor relieve. Véase mi cap. 194, tomo II de «Monumentos», con varias láminas del mismo.

dero autor, todavía no los han sabido de Chacón ni siquiera el último de los bibliógrafos: el de su Provincia monástica Bética, el P. Sagredo (libro reciente, de 1915-1921). Mucho más de medio siglo antes, ya De Rossi había descubierto el «tesoro» oculto de los álbumes de Chacón, los táles en realidad: como De Rossi adivinó, y reconoció, y confirmó, y lo publicó.

Debo copiar aquí el texto, tan por todos olvidado, de De Rossi, pero haciéndolo preceder del mucho más viejo texto del llamado creador de la Arqueología Cristiana, Antonio Bosio, el mayor de los precursores de De Rossi, precisamente.

Bosio (el texto definitivo de cuyo libro no llegó a ultimar, y sí lo ultimó, para publicárselo, el oratoriano Severano), no extremó ciertamente su reconocimiento al magisterio y a la amistad del P. Chacón, que fué en verdad quien lo formó y le aleccionó; pero Bosio decorosamente no podía en absoluto callar del todo el nombre, y así dijo algo, pero bien poco, en su honor, para lo mucho que ahora sabemos y que él sabía: pero sí dijo alguna cosa, al menos en lo referente a la primera catacumba descubierta, o aquella que Bosio ya no pudo ver, ya no pudo visitar, obstruída a los tres o cuatro lustros del primer hallazgo.

Estudiando anteriormente Bosio en su libro otra de las catacumbas de la vía Salaria, lo que dice Bosio es lo siguiente: «Caminando todavía hacia el Ponte-Salario, se halla una viña a mano derecha, alejada cerca de cien pasos [de la otra catacumba antes citada], la cual, en aquel tiempo, era de Bartolomé Sánchez [Sánchez de Alda, que era aragonés, de Calatayud], y fué después de Pedro Cortés, español, de quien tomó el nombre la viña [en italiano romano «viña» equivale a huerto], la viña del español, y que hoy en día es de Monseñor della Róvere [y en el siglo XX aún campea sobre el dintel de la puerta el tan conocido escudo de los Róvere]. En esta viña, haciendo algunas cavas para sa

car «pozzolana» [1], el año del Señor 1578, el 31 de mayo, se abrió una boca del Koimetērio [2], lo que habiéndose divulgado por Roma, como cosa nueva, concurrió grande gentío a verla; y particularmente hombres de letras, como muchas veces me ha referido Alfonso Chacón («Ciaccone»), del Orden de Predicadores, escritor y hombre ilustre de nuestro tiempo («età»); el cual allá fué particularmente a verlo en compañía de Cardenales [de Baronio, lo sabemos], Embaja-

[1] Puzolana es roca volcánica desmenuzada, cual basalto deshecho: sirve, mezclada con cal, para hacer mortero hidráulico. Recuérdese que toda la campiña romana es volcánica, y la roca, de fácil trabajo excavador; el tufo granular volcánico, da la explicación de la importancia e inmenso desarrollo lineal de las llamadas catacumbas.

[2] Los arqueólogos romanos de la Arqueología Cristiana, tiran a excluir del uso la palabra «catacumba», sustituyéndola. En efecto, «catacumba» era nombre exclusivo de la de San Sebastián, único de los cementerios subterráneos de los primitivos cristianos que se mantuvo conocido en toda la Edad Media y siglo del Renacimiento, y abierto a la visita devota cuando estaban totalmente olvidados y obturados de entrada los otros, el cerca del medio contenar de los otros. Le venía propio (pero exclusivamente para él) el nombre de catacumba (San-Sebastiano-ad-catacumbas) porque el hondo barranco peñascoso, más o menos comblado, por debajo de la basílica, mostróse en siglos como oquedad peñascosa, y oquedad peñascosa es lo que significa la frase «catacumba» en griego. Mientras que todos los demás cementerios cristianos primitivos subterráneos de Roma se excavaron, bajo llano, o alguno bajo cerro, con entradas artificiales y todo desarrollo artificial.

Los aludidos arqueólogos, usan en consecuencia, como mejor, la palabra cementerio, «cimitero» en italiano, casi excluyendo el uso de la frase catacumba.

Pero como «cementerio» es frase griega de origen, y, tal cual suena a nuestros oídos, es palabra demasiado común y anodina al caso, yo prefiero usarla, al hablar de las catacumbas, en su forma estrictamente y fonéticamente griega «Koimetērion»: «dormitorio». La palabra Koimetērio es cristiana, señalando fe en la resurrección, precisamente. En contraposición, es pagana la palabra «nekrópolis»: «ciudad de los muertos».

dores regios [el de España a la sazón era, desde 1574, el Marqués de Alcañices; en 1581 lo fué el Abad Briceño, y en 1582, y por bastantes años, el Conde de Olivares, padre del Conde-Duque], y diversos otros personajes [entre otros el jesuíta San Pedro Canisio]. No fué por nosotros [por Bosio] visto, porque éramos [era Bosio] niño, en edad de tres años, y después [«dapoi»] fué arruinado y echado a perder [«guasto»] [1]; de modo que cuando comenzamos a atender a esta obra [el libro ?], ya todo está deshecho («sottosopra»: revuelto) y cubierto» [2]. Fué hallado este Koimetērio, por cuanto se me ha referido, tanto por el dicho Chacón, como por otros que lograron permiso para verlo, excesivamente devastado («assai guasto»), con las sepulturas casi todas abiertas, los epitafios, las inscripciones rotas y arrojadas por el suelo; se excavaron, sin embargo, enteros algunos «títulos» sepulcrales que los he logrado del mismo Chacón.» Y efectivamente, copia las ocho inscripciones mismas, las del tercer álbum del Chacón («Vat-Lat-5409»), y las copia hasta

[1] Ignórase la fecha en que se obturó y luego se olvidó la entrada al Koimetērio de Jordanes. Habría de creerse que antes del año 1593 en que se supone (ya veremos que gratuitamente) el comienzo de los estudios de Bosio en la Roma subterránea. Lo único seguro, por ese párrafo de Bosio, es que antes de la muerte de Chacón, la que ahora queda cifrada en 1599. Al obturarse ¡no destruirse!, ya seguramente Chacón había estudiado hasta media docena de otros Koimetērios con pinturas.

[2] Es, creo, imposible saber hoy cuándo dejó de estar visible, en el siglo XVI, la catacumba de Jordanes. El que no la viera (ni de erudito estudioso, ni de joven calavera siquiera) el discípulo Bosio, lleva a pensar en que la obstrucción del ingreso ocurriría pronto. Pero no tan pronto que no hubiera habido tiempo, desde 1578 (fecha de su descubrimiento), para dos tandas de trabajos de copia de las pinturas: la del «Pintor 1º» del Chacón y la de Felipe Winghio. Como, de nuevo descubiertas en 1921, se han podido ver subsistentes; y yo he visto, casi todas las pinturas (menos la del fossor y las del «Sacello 2º»), me inclino a creer o sospechar que la obturación pudo no ser involuntaria, sino amañada, en el dueño de la finca...

en el detalle caprichoso de un trazo de simulado marco rectangular con aleta (trapecial) al uno y otro lado, detalle puramente de adorno que era en el tal álbum chaconiano. En cambio no dice la procedencia, que es igual y del mismo Chacón, de las pinturas que Chacón hizo copiar, y en información gráfica, que ahora sabemos bien, que total, exhaustiva.

Este detalle negativo, repetido, siempre negativamente, en el gran libro de Bosio, demuestra su preconcebida decisión de callar lo más posible a Chacón y a los Chacónidos de la primera generación (de Winghe, Phelippe, y Jean L'Hereux, «Maccarius»).

Es antes del texto copiado, poco antes, cuando Bosio había tenido que citar a Chacón y sus dos primeros discípulos, precisamente al haberles de tomar dos dibujos de pilas o sarcófagos, los dos procedentes del viejo San-Pietro-Vaticano; lo que dice (y por otro, en Bosio, raro caso de gratitud), es lo siguiente: «Estas dos pilas, encontradas en el pavimento de San Pietro el año 1590 [Bosio, recuérdese, tenía a la sazón quince años], las dos recopiadas de Chacón y del Winghe» [Bosio, *Roma Soterránea*, Roma, 1632, I, f° 59; lo de antes, en p. 591].

Pero cuando Bosio reproduce (láminas de páginas 515 a 529) las pinturas de la misma para él perdida catacumba de los Jordanes, tomándolas de dibujos, lo que dice es lo siguiente: «Se encontraron... siete monumentos en arco, cuyas pinturas fueron a tiempo copiadas por Felipe Vinghio, flamenco, y también por el Chacón» [el orden racional, que es el crológico, pediría poner al maestro Chacón antes del discípulo Vinghio: éste, a petición de Chacón, seguramente, elaboró copias más exactas que las que ya tenía Chacón, que bien valía para ello el ser él dibujante flamenco en vez de ser italiano]; de las cuales [añade] nosotros las hemos logrado, ya que antes de comenzar mi obra fué acabado de arruinar el Koimetērio al trabajo de los cavadores [hoy resulta inexacto tal detalle de labores supuestas]». Y añade,

por cierto, que el derrumbamiento los soterró y que perecieron los trabajadores. Y nada más, pues creeré recordar que ya no vi en el libro, en el gran libro de Bosio, o al menos en lo referente al primer Koimetērio descubierto, otras citas del Bosio, ni de Winghe, a los que en verdad se debían otras muchas ilustraciones del gran libro de Bosio.

La titulación de los capítulos, que la puso Severano (pues el libro se editó póstumo y no del todo ultimado por Bosio) dice frases inexactas, por las cuales resulta Bosio descubridor de Koimetērios que antes de ser él un hombre, ni aún un muchacho, ya Chacón había visitado y estudiado y mandado hacer copias, y éstas, hoy todavía subsistentes. Véase el tenor del capítulo LXI, que trata de los Koimetērios de las dos Vías Salarias, y cuyo título general (que repito que lo dictaría Severano, el oratoriano editor o director de la edición póstuma), dice así: «De los Koimetērios encontrados (ritrovati) por el autor (Bosio) en las Vías Salaria, Vieja y Nueva.» El en absoluto más principal Koimetērio de las Vías Salaria (Priscilla), y aun otro, el Thrasón, además del de Jordanes, es decir, los tres de la Vía Salaria Nova y lo más importante de ellas no los encontró Bosio, sino ya visitados por Chacón y ya copiadas las pinturas, por encargo del Chacón, por artistas italianos, o por el flamenco, el malogrado Felipe Winghe. Y dígase lo mismo respecto de otras tantas «catacumbas» de la Vía Appia y la Ardeatina, al Sur, y de una del Norte de Roma (Vía Flaminia).

* * *

Tales disimuladas añagazas de la gran obra del primero y famoso libro de la Arqueología Cristiana, no hubieran bastado a borrar el recuerdo del iniciador del estudio, P. Chacón, sin otras casuales lamentables circunstancias. Y una de ellas, la equivocada interpretación de una frase autobiográfica de Bosio: la que ha quedado en dogma (que

diríamos) hasta el día, sin verdadero fundamento. La frase aludida hace decir a todos que Bosio comenzó su magno estudio de los Koimetērios a los dieciocho años de edad, por tanto en 1593 (puesto que debió de nacer, según la frase suya que ya dejo aquí copiada, en 1575).

Nadie debe negar la veracidad de Bosio, y efectivamente en 1593, él entró en una de las catacumbas, la de Calixto, y en otra segunda. Entrar, no solamente desde 1578 habían entrado en una u otra catacumba muchas gentes (de cardenales y embajadores para abajo), sino que siglo y medio antes hubo erudito que no sabíamos de tales visitas, como Pomponio Leto, y que dejó rayada su firma en pared, con rasgos de autógrafa.

A los dieciocho años de edad Bosio, no es probable que fuera todavía sino el calavera joven que él fué, pero intrépido y atrevido en sus grandes calaveradas, pues ahora conocemos algo mejor su biografía. Sólo ante el serio temor de ser desheredado del tío, le hizo cambiar de vida. El texto, abreviado, pero más autorizado y más reciente, el de la *Enciclopedia Italiana* (la *Trécanni),* con información del todo medida y del todo autorizada, dice lo siguiente, muy en resumen: «Nació (Bosio) en 1575, en Vittoriosa (Malta) y no, como con tanta frecuencia se ha repetido, en Roma. Su tío Giácomo era el autor [en Roma] de la *Historia de la Orden* [soberana] *de Malta,* que comenzó a publicarse en el 1594 en Roma.» «Antonio, en su juventud, se abandonó a vida desordenada. Luego, temiendo el ser desheredado por el tío, quien para seguir la fortuna del general de los Agustinos, Cardenal Gregorio Petrochini, y para ocuparse de Historia, había dejado el cargo de Representante de la Orden de Malta en Roma, cambió de vida y se dedicó a los estudios. El ilustre pariente le favoreció ya de todas maneras en el nuevo camino y le procuró la sucesión suya como Agente de la Orden de Malta en Roma». La crisis del arrepentimiento fué, pues, en hombre ya mayor de edad o poco menos, pues no

antes de ella iba a dársele cargo tan serio e importante y tan bien retribuído.

Sigo leyendo: «En Roma, Antonio, por amor a la ciencia y a la gloria, se dedicó a una grande empresa. De joven [ojo, a la primera visita a la catacumba de 1593, a los dieciocho años], de joven, junto con amigos «scapestrati» [«scapestrato»: libertino, calavera, crapuloso; «scapestràggine»: crápula, desenfreno], había realizado largas peregrinaciones en las catacumbas, por simples bravatas y exponiendo a veces la vida. Pensó en reanudar las exploraciones con fines científicos y arrancar (strappare) por primera vez [error, pero explicable en el texto] el secreto a aquel mundo misterioso. Exploró así el subsuelo de Roma [alrededores], del 1567 [sic] al 1629 [su muerte en 1629]; se dice que pasara hasta una semana seguida encerrado en el subsuelo y que saliera cada vez extenuado (o agotado: sfinito), pero radiante por nuevas conquistas.» [Sigue sólo hablando ya de su gran libro y de las póstumas varias ediciones del mismo.] Bibliografía, y única, que cita la *Trécanni,* «G. Curmi», «Antonio Bosio», en la revista *Malta Letteraria,* n. s. V. 1 (enero de 1930). La fecha dada en la *Enciclopedia,* al comienzo del estudio catacúmbico de Bosio (estudio, de verdad estudio), es errata, pues en 1567, Bosio no había nacido: errata, por ser el 6 un 9 vuelto de arriba abajo, y la fecha del tal comienzo de estudio ha de leerse la 1597, por tanto.

En 1597 le quedaban al P. Chacón dos años de vida, y Chacón llevaba ya en tal fecha diecinueve años de visitas y estudios, y de pagar copias que encargaba de las pinturas y los relieves e inscripciones de los Koimetērios. Y el malogrado joven discípulo del Chacón, Phillippe Winghio, que tantas y mejores copias le hacía, había ya muerto, malogrado, en 1592.

Ignoro la fecha en que Chacón escribió la frase tan amistosa para Bosio, ya citada.

La frase, pues, tan corriente: «En el 1593 Antonio Bosio,

llamado por Giovanni Batistta de Rossi el «Colón» de las catacumbas, inició exploraciones sistemáticas en los cementerios antiguos de la Roma subterránea cristiana (frase que copio del último tan autorizado libro sobre todas las catacumbas, el de Monseñor Kirsch: Roma 1933), es errónea de fecha, con todas sus no leves consecuencias de grave error histórico; a los dieciocho años Bosio era sólo un calaverón, y un audaz, y decidido e intrépido: como (por fortuna) lo siguió siendo, después del radical cambio de su vida y costumbres.

Y no quiero aplazar el justo elogio que merece Bosio y que no puede regateársele. Porque Chacón y sus primeros colaboradores y discípulos (cinco o seis pintores anónimos, y luego Winghe y después L'Hereux o sea Maccario) atendieron a ver y estudiar y copiar pinturas (fresco), relieves sepulcrales, y deletrear algunas de las infinitas inscripciones. Bosio, colaborador en ello al final, escaso en tales trabajos (en su libro la gran mayoría proceden de tales precedentes aportaciones), tomó a su cargo, y a su apasionado y hasta si se quiere hasta heroico estudio, lo que llamaríamos lo arquitectónico de las catacumbas, lo ingenieril (acaso mejor), lo topográfico, lo exploratorio, registrarlas todas, correr las a veces larguísimas y tan complicadas galerías, y ser el primero en levantar planos, en estudiarlas en cada conjunto de cada uno de los Koimetērios: aparte de que si el P. Chacón alcanzó a estudiar, no sólo la primera en ser descubierta, la de Jordanes, sino seis más (lo que nadie, apenas, le ha recordado), Bosio alcanzó a ser el primer estudioso que vió y estudió bastantes más Koimetērios, aunque de ninguno de los tres principales fuera él el primero en visitarlo y estudiarlo. No, pues, le toca ser llamado (aunque le bautizara así De Rossi) el «Colón» de las catacumbas, que quien lo podría ser fué el P. Chacón; pero sí nos toca a nosotros llamarle el Hernán Cortés y el Pizarro de las catacumbas, aludiendo a los grandes «segundos» del continente transatlántico. En kilometraje es inmensamente superior

Bosio al Chacón y los Chacónidos colaboradores que le precedieron: atendiendo todos ellos, en cambio, más a pinturas y las esculturas, que no a lo topográfico subtérreo.

* * *

Debo aquí, para alguno de mis lectores, decir que apenas al descubrirse en 1578 con la de Jordanes, la primera de las catacumbas, olvidadas medio millar largo de años, luego, inmediatamente, con rapidez extraordinaria se habían de descubrir y fueron descubiertas muchas de las otras. Ello era consecuencia del esfuerzo erudito previo, eruditísimo, de bien pocos años antes, de un malogrado sabio, precisamente aquel ya mentado, el de igual edad que Chacón, pero muerto muy joven: el ya por mi honrosísimamente pregonado Onofrio Panvinio.

Así como fué Onofrio Panvinio el precursor del Chacón en el gran empeño historial de las *Vidas y Gestas de los Papas,* y su iconografía misma, así fué también el precursor y el como preparador de todos los estudios de las catacumbas.

La memoria de éstas se había perdido casi en absoluto desde los comienzos del siglo IX, cuando ya finalmente se habían en pocos años trasladado a la urbe, a sus iglesias, dentro de muros, todos los cuerpos de los mártires de todas las catacumbas: aquellos cuerpos santos cuya visita devota había mantenido en cuatro o cinco siglos intermedios las visitas piadosas y peregrinantes a los Koimetērios. La prueba del traslado total, la da modernamente, pero confirmando la regla general, el único caso de excepción: pues desde el pontificado de Pascual I (años 817 a 824), el último Papa que apellidaré traslacionista, hasta el siglo XX, solamente un solo cuerpo de santo mártir ha sido hallado *in situ,* en lo subterráneo. (En el siglo VIII, hubo como una alternativa de Papas «antitraslacionistas», como Adriano I y León III, y Papas «traslacionistas», como Paulo I y el citado Pascual I.) El tal último y único cuerpo trasladado en el prome-

dio del siglo XIX, el de San Jacinto, fué desde la catacumba de Basilla, en la cual por viejo hundimiento, había quedado invisible, cuando tantos siglos antes se trasladara el cuerpo de San Proto, su compañero de martirio.

Pues en los siglos remotos, los de la paz de la Iglesia y hasta dicho siglo IX, la devoción de romanos y de «romeros» peregrinos, llevaba a visitar subterráneamente las catacumbas, y por ello subsisten textos, generalmente brevísimos, guía de los correspondientes itinerarios devotos. Aprovechándolos conjuntamente, y otros textos vetustos también hagiográficos, Onofrio Panvinio, sin otro estudio que el de gabinete, redactó y ultimó, y publicó en 1568 (año de su muerte) el especial tratado *De ritu sepeliendi mortuos apud veteres christianos, et eorum coemeteriis,* libro que quizá Chacón conociera amistosamente antes que nadie [1].

Con tal antecedente erudito, y con un como discípulo y continuador de Panvinio, como lo era el P. Chacón, fácilmente se comprende que apenas descubierto, y tan inesperadamente, un Koimetērio como el de Jordanes, luego y por lo visto muy inmediatamente (y siendo un niño Bosio) se dedicara el P. Chacón a la rebusca, diríamos que sistemática, de otras catacumbas, comenzando por las de la misma

[1] Panvinio (recuérdese) hizo, eruditísimamente, y cual ese estudio erudito de los Koimetērios, otros exhaustivos trabajos monográficos, los de las *Stationibus* e iglesias no stationales de la Urbe, el de Juegos circenses, el de los Fastos y Triunfos, etc., y no volvemos a mencionar todo lo de los Papas, lo de su iconografía de Papas inclusive, etc.: en todo lo cual debo reconocerle el magisterio inicial multiforme y totalitario del inesperado discípulo y continuador suyo, que lo fué el P. Chacón. Y recordaré, más concretamente, que Panvinio no sólo se auxiliaba en sus enormes trabajos eruditos de hasta cinco escribientes o copistas de textos, sino también de dos copistas pintores, como Chacón de lo menos seis de estos últimos. A Panvinio lo pregonó su coetáneo Scaligero llamándole «Padre de toda Historia», y De Rossi dijo de él, siglos después, que «encendió la llama de la ciencia de las Antigüedades Cristianas».

Vía Salaria Nova, en la que se había tropezado casualmente con la que hoy llamamos de Jordanes, creyendo nosotros darle el nombre antiguo (aunque lo duda Styger). Bien cerca de la de Jordanes, un poco más alejada de la urbe, debió de hallarse en seguida la mucho más importante de Priscilla, pues lo prueba el hecho de que el mismo pintor que utilizó el P. Chacón para lograrse copias de todas las pinturas del Jordanes, el llamado por Wilpert, o numerado por él, «primer pintor» del Chacón, es el que le copió también unas cuantas, muchas, pinturas de la que hoy bien sabemos que es en realidad la catacumba de Priscilla, las pinturas de seis lugares, en tres de los cuales son pinturas de techo: circulares se ven y con reparto simétrico ornamental de círculos y sectores rectilíneos, decorativos, con figuras y escenas diversas, pero todas de significación cristiana.

Al terminar tal acopio de copias de Jordanes y de Priscilla, no estaba escrita ciertamente, pero estaba ya captada por pictografías de estudio arqueológico y estético, y, por primera vez en la Historia del mundo, constituída, la Arqueología Cristiana. El pintor, demasiado clásico-manerista de formación, e incapaz en consecuencia de ser fiel en el detalle de las formas, no nos sirve hoy (en los tiempos de la fotografía directa) para darnos la plena impresión estética de autenticidad, pero nótese que la Ciencia histórica del Arte Cristiano primitivo, no es Ciencia de lo formal, del estilo, sino de lo esencial, de los temas, pues aquel arte, aun algo clásico y aun bello en las formas y en las actitudes, nos vale por la pura temática y no por la profana belleza formal: temática, que no estilística es al caso, nuestra del todo científica preocupación [1].

[1] Información gráfica chaconiana del Koimetērio de Jordanes y de Priscilla, de pintor anónimo, el Maestro primero, Vat-Lat-5.409 (es el tercer álbum del Chacón; la letra suya autógrafa):

9, 9 vuelto, 11, 11 *v*, 13, 13 *v*, 15, 19, pinturas, y varias, y

También en la misma Vía Salaria Nova, pero más cerca de la ciudad murada que la misma catacumba de Jordanes, visitó también Chacón la tercera, que ahora llamamos con el nombre antiguo de Thrason. Pero como las correspondientes pinturas del tercer álbum del Chacón (Vat.-Lat. 5.409, 61 *v*-39 *v*, 62 *v*-40 *r*, y 64-41), no son de mano del primer pintor del Chacón (quien le hiciera antes las de Jordanes y Priscilla), sino del tercero, debe presumirse que el estudio de Chacón en Thrason fué bastantes años posterior al de las primeras catacumbas.

aun muchas, en cada folio; 17, escultura, epigrafía: todo del Jordanes;

20, 20 *v*, 22, 22 *v*, 24, 26, pinturas; 26 *v*, relieve y epigrafía: todo de Priscilla.

Del mismo pintor anónimo, Maestro primero, y en el mismo álbum y a continuación, y creyéndolo Chacón de la misma catacumba hoy bien llamada de Priscilla, pero Wilpert y Leclerq dijeron la «Novella», figuras, dos de los cuales interpretó mal Chacón, como San Marcelo predicando y como Santa Lucina, en el f° 28 del mismo tercero de los álbumes.

Es del caso aceptar, como cosa asentada, la ya muy vieja clasificación de Wilpert (de Wilpert joven) de los anónimos pintores del álbum del Chacón. Yo, de mí, tengo que decir que el Maestro primero, por su estilo manierista, me es totalmente antipático en las copias del Koimetērio de Jordanes; y si es el mismo (que no lo niego) se va haciendo artista al trabajar en Priscilla; y si se admite esa evolución puede aceptarse otra posterior, y ser el mismo el que yo veo caracterizado por hacer con sólo puntos miradas de ojos vivas; el Maestro quinto del Wilpert, sería el mismo Maestro primero en evolución afortunada.

Wilpert se redujo, en su libro especial y primero, a estudiar los pintores de las catacumbas, los del álbum tercero del Chacón y Winghe; no se extendió su consideración a los otros álbumes no catacúmbicos del Chacón, para los pintores de más empeño el trabajo, sobre mosaicos y frescos visibles a la luz del día, cuando en las catacumbas a mala luz artificial y en posturas inverosímilmente incómodas, el copista. Este se reducía al diseño, y luego en casa se acababa y se coloreaba, de memoria.

El P. Chacón, que tenía la costumbre de dar título completo a sus libros en estado de elaboración, y aun cual sólo en proyecto, a su futuro y no realizado libro de las catacumbas lo llamaba así: *De coemeteriis vetustis urbis Romae, intra quae SS. martyrum et Christi confessorum corpora in primitiva ecclesia Sepeliebantur, et de illorum vestigiis et ruinis nuper repertis.* Pero esta redacción de título única, no figuró (cual sí que figuraron por el contrario otros títulos suyos de otros libros igualmente fracasados o malogrados) en la lista que lograron los autores de bibliografías. No: en la *Biblioteca Hispana Nova,* de Nicolás Antonio, tan admirablemente elaborada en la segunda mitad del siglo XVII en Roma, con más de veinte obras de Chacón citadas (incluso las malogradas y perdidas), no se cita ni tuvo el ilustre bibliógrafo la menor idea de ésta; tampoco los franceses padres dominicos Guetip y Echart, en su eruditísima obra, *Scriptores ordinis Praedicatorum,* de los comienzos del siglo XVIII, que catalogaron veintiuna obras, publicadas o no; ni recientemente el dominico P. Sagredo, en su *Bibliografía Dominicana de la Provincia Bética* (1915-1921), con inventariarle veintidós obras, inclusas las inéditas y las perdidas.

En el tal título de su sólo proyectada, pero estudiada, obra de los Koimetērios, la palabra «nuper», adverbio, cuyo significado en castellano es «poco ha», nos revela que el título lo concibió cuando era recientísimo el hallazgo de lo subterráneo, y no ya precisamente estudiando un solo cementerio (el Jordanes, descubierto en 1578, sino en plural, más de uno. Ayuda la tal frase a pensar que el tal primer hallazgo tuvo la inmediata eficacia de procurar la rebusca de introducción subterránea de los otros, de aquellos tantos que Ugonio había como catalogado, y precisamente por grupos correspondientes a las diversas que diré carreteras antiguas, las grandes vías romanas de los alrededores, formado su docto erudito catálogo a base de los viejísimos textos, tomándolos de la *Depositio Martyrum* (calendario breve de

fiestas litúrgicas), del siglo IV, del catálogo antiquísimo de los dichos Koimetērios del siglo VII y otras fuentes similares, menos antiguas, y de noticias contenidas sueltas en las hagiografías más antiguas.

Ignoro si se podía conocer o no por Chacón el texto del *Itinerario de Salzburgo*, que en párrafo largo detalla más, pero no alcanza a hablar sino de Koimetērios de la Vía Appia y de su próxima afluente Vía Ardeatina, pero es lo cierto que además de lo de San Sebastián ad catacumbas, siempre abierto y accesible a través de toda la Edad Media, pero siempre sin pinturas ni escultura, en tal *Itinerario* se ve la gran importancia en cuerpos de santos de los dos entonces ocultos Koimetērios, que ahora se llaman con justicia de San Calixto, y otros. Y Chacón logró ver y hacer copiar pinturas, de una parte (extrema y occidental, ahora casi nunca visitada) de San Calixto, y de otras partes de las catacumbas de Domitilla: tales dos, acaso las más importantes de Roma y del mundo, y con la ya mentada y lejos de Priscilla, integrándonos el trío de las tres más importantes.

En esta otra zona no alcanzó Chacón a lograr muchas copias, perso sí las bastantes para poder afirmar nosotros que él fué el descubridor de tan insignes conjuntos. Esta vez, o estas veces (las referentes a los dos principalísimos Koimetērios del Sur de Roma), no se sirvió Chacón (según Wilpert) del mismo primer pintor que le trabajó en la Vía Salaria, al NNE de Roma. En San Calixto (cuya principalísima gran área no vieron Chacón ni Bosio, y fué grandioso descubrimiento de De Rossi en el siglo XIX), el álbum tercero del Chacón, con errores de la letra, ofrece copias de originales, o aún subsistentes, o por desgracia perdidos, de una región alejada del ingreso, llamada dudosamente «Liberiana» y también de «Santa Sotera». Véase el cap. XLIV de mi libro *Monumentos de Españoles en Roma*, t. I. En cuyo breve texto dejo notado que las dos más antiguas representaciones de la Virgen con el Niño, la una en Priscilla, y es

la más famosa, y la otra con los Magos, en esa región de San Calixto, el primero en hacerlas copiar para labor erudita como fué la suya, fué nuestro Padre Chacón.

Es en esta alejada «región» del Calixto donde se vió rayada la firma de visitante del nada devoto humanista del siglo XV, neo-pagano y neo-republicano, pero gran arqueólogo Pomponio Leto (también en otra catacumba), pero sólo los rayados y no sus escritos han revelado tardíamente sus visitas subterráneas a la posteridad. Fuera de ese tan extraño antecedente, puede afirmarse aquí una vez más que al P. Chacón le toca la gloria científica de estos descubrimientos.

En cuanto al interesantísimo Koimetērio de Domitilla, las copias en el álbum del Chacón están hechas (según Wilpert) por tres pintores distintos, el pintor tercero, el pintor cuarto... Este pintor cuarto me hace insistentemente pensar en Guido Reni, adivinando muy atrevidamente un trabajo suyo de juventud. Pero Reni tenía veinticuatro años cuando murió el P. Chacón, y veinticinco cuando sabemos bien que fué a Roma con A. Carracci (claro que el trabajo hipotético habría de ser de antes de ganar nombre, y en tarea de juventud).

Basta con los testimonios gráficos de Jordanes, Priscilla, Thrason, Domitilla y San Calixto [1], para pregonarle al P. Chacón el título de el iniciador y primer estudioso de la Arqueología de la Arte Cristiana: nuevo estudio que por fuerza había de ser más tardío que el de la Arqueología Clásica: éste, desde el siglo XV, y aun desde antes, arraigado y triunfante en Italia Y por bastar las cuatro o las cinco tales catacumbas, no me precisa apurar la aportación gráfica referente a lugares dudosos, o bien a manifestaciones artís-

[1] Y a la vez los de catacumba hoy perdida (al Este de la urbe) y los de San Valentín (al Norte) y San Nicola-in-Cárcere (subterráneo pero no catacúmbico éste, puesto que radicaba dentro de muros, donde no consentía el Derecho Romano que se enterrara a nadie.)

ticas ya medievales; éste es el caso del Koimetērio de San Valentino, es el de las pinturas de la cripta de San Nicola-in-Cárcere. Aun en las proto-cristianas, dejo de aludir a las hojas de copias de un lugar en problema no concretado de su situación.

* * *

El silencio de siglos sobre los méritos del P. Chacón como iniciador de la Arqueología Cristiana, la ocasionó el que sus manuscritos y los dibujos y acuarelas que encargaba, pagaba, anotaba y conservaba, no llevaban otra indicación personal que el carácter de letra de las tales anotaciones. A su muerte no es su homónimo sobrino, ni su colaborador-discípulo (en lo histórico) Cabrera Morales, los que guardaron y colocaron tales papeles de los álbumes de Chacón, sino que (no sabemos cómo) pasaron a la propiedad de un Penna o Peña, que no sé si es o no es el enterrado en San Onofrio de Roma, con lápida que dice sus cargos, su muerte, etc., pero que no da luz alguna para nuestra averiguación. (Véase cap. 135, p. 106, del t. II de mis *Monumentos.)* [1] Tampoco he sabido cómo los ahora tres álbumes pasaron a la Biblioteca Vaticana, donde ahora con bella reciente encuadernación del Papa Chiesa Benedicto XV, se conservan [2]. Se citaban antiguamente los álbumes (Vat.-Lat. 5.407, 5.408, 5.409) al sobrenombre de Penna.

Fué de De Rossi el afanado descubrimiento, y aunque cuenta detalladamente el cómo, y en su gran obra, nada menos, es del caso circunstanciar aquí el hallazgo, al menos en resumen. Ello es en dos de los trece capítulos del Prefacio histórico, el III, que trata del «Descubrimiento de las cata-

[1] Me inclino ahora a creer que son dos «Francesco Penna» distintos, pues en la lápida no se dice que fué Oidor y hasta Decano-Oidor de la Rota, como lo fué el poseedor de los tres mejores álbumes del Chacón.

[2] Antes del Papa hispanófilo, estaban en pergamino.

cumbas romanas en 1578 y rebusca de monumentos subterráneos antes de Antonio Bosio», y el IV, que refiere «Cuánta parte de las catacumbas romanas fué descubierta y estudiada antes que por Bosio».

Relata los antecedentes trabajos eruditos de Panvinio y su lista de 43 catacumbas en pura noticia erudita; cuenta que Aldo Manuzio se introdujo en un subterráneo a buscar inscripciones, y que nuestro Antonio Agustín una vez repitió la hazaña en un koimetērio cristiano, copiando dos ..., etc. (San Felipe Neri y los oratorianos y Baronio)... Pero el hecho importante es el del 31 de mayo de 1578 a la casual apertura del Koimetērio de Jordanes: se creyó haber encontrado toda una ciudad subterránea. Tres veces bajó el historiador Baronio, etc. Y el hundimiento de la tal catacumba [no aludiendo a lo que yo tengo por seguro, que a tal fecha, incierta, ya se habrían estudiado otra buena media docena de Koimetērios, por Chacón y los suyos]. Pero antes que se perdiera el de Jordanes, se habían copiado, salvando las inscripciones y pinturas. «Aquellos que se atrevieron a esta empresa (dice De Rossi), pusieron la primera piedra del grande edificio del cual yo narro la historia, y es prenda de la obra, el razonar de aquello por extenso. Y así, luego de citar a algunos otros, dice que debe hablar de un noble triunvirato, «quiero decir de Alfonso Chacón, de Felipe Winghe y de Juan Macario», los cuales bajaron a los laberintos de las catacumbas romanas e hicieron delinear los monumentos o aplicaron el ánimo a buscar la interpretación. De los trabajos de estos tres padres de la ciencia nuestra es mi deber (añade De Rossi) dar cuidadosamente noticias. El Chacón... había formado un museo de fósiles, de mármoles, de bronces antiguos; y de muchos monumentos cristianos, y de las pinturas coimeteriales, recogió los diseños en un libro» añadiendo al caso De Rossi, texto del discípulo de Chacón, Maccario, primero que fué, éste, en publicar libro especial: «Había en aquel libro de diseños (los de Chacón) copias

de los frescos descubiertos» (en Jordanes). Pero vino de Lovaina a Roma Felipe Vinghio, noble flamenco, ya inclinado a tales estudios desde Lovaina, y luego estrechó gran amistad con Chacón, y al verle los dibujos, luego se decidió a hacer copias nuevas por sí mismo; pero en esta empresa y cuando se daba a la interpretación de las escenas bíblicas o simbólicas, vino a malograrse, en Florencia, en el verano de 1592, siendo muy llorado, no sólo del Chacón, sino también de Baronio y del Cardenal (de gran mecenazgo, incluso con Chacón) Federico Borromeo. (Pasa a hablar del otro flamenco Maccario... del viaje del erudito Pompeo Ugonio, etc.)

Después, muy extensamente cuenta sus afanes por hallar los textos arqueológicos de Chacón, y detalladamente relata cómo le costó buscar su carácter de letra en autógrafos, para luego hacer la rebusca en manuscritos anónimos. En la Biblioteca Chigi no pudo ya ver cartas de Chacón citadas por Mabillon; pero logró el éxito en la biblioteca de los Marqueses Raffaelli di Cíngoli, donde con dibujos de Historia Natural, también lucernas cristianas en bronce, anillos, sellos, tésseras, fragmentos escultóricos de carácter cristiano, y viéndose una fecha, 1589, adivinó y comprobó que era todo del P. Chacón (confirmándolo razonadamente). Después, en adquisición de un Príncipe Massimi, con la misma letra de Chacón, halló dibujos de esculturas, estatuas, bustos paganos y cristianos, imágenes de Cristo y de los Apóstoles tomadas de sarcófagos y de mosaicos de las basílicas y numerosas inscripciones trascritas, con alguna fecha de 1591. Y cosa notable para la rebusca, se dice en ese álbum por la letra del que lo formó, Chacón, que algo se había copiado de otro manuscrito de A. Bosio, diciéndose que lo «Habui a doctore Antonio Bosio mihi amicitia conjunctissimo mense februario anni 1596». A la vez hay pequeñas anotaciones en lengua española. Total que llegó De Rossi a la certeza de que ambos códices o álbumes eran de Chacón... ¡pero, nada, en ellos, de las catacumbas!

Y aquí De Rossi ya pasa al estudio de los tres álbumes de la Vaticana, todos los tres escritos de la misma mano que los dos antes por él hallados como de Chacón, el Raffaeli-Cíngoli y el Massimi. Y claro que De Rossi ha ido y va poniendo todas la pruebas que demuestran, y en verdad a toda evidencia, que los cinco álbumes son de Chacón y autógrafa su letra (en cursivas o en capitales). «El Bosio mismo (se añade) confesó haber debido al Chacón los dibujos del Jordanes..., pero gran copia de otros frescos, estucos, esculturas, epígrafes subterráneos...», son del Chacón aprovechados por Bosio, tema al que dedica el capítulo siguiente del Prefacio, para decir cuánta parte de la Roma subterránea estaba ya descubierta y explorada cuando comenzó Bosio sus trabajos.

Y efectivamente, en el cap. IV, siguiente, declara circunstanciadamente estudiadas antes de Bosio, las catacumbas de Jordanes, Viña Cupiis, también en Salaria, Novellae (cerca de Thrason), Calixto, Domitilla, San Valentín... Más otros que yo no creo que deban, al menos con certeza, referirse ya a Chacón.

Pero tengo que añadir que también De Rossi pone cual fecha capital la de 1593, que si es verdad que en ella comienza el Diario de Ugonio (entrando con otros caballeros a un Koimetērio de la Vía Ardeatina), no tiene el nítido valor que se le da en Roma para lo de Bosio, todavía, como hoy sabemos, gran calavera a sus dieciocho años; la anteriormente citada frase de Chacón a su favor, ya es de tres años después, a sus veintiuno de edad. Seguramente al cambio recién ocurrido de su vida, en el que puede presumirse alguna intervención del Penitenciario de Santa María Maggiore, que sabe llamarle «amicissimo» y sabría con buena mónita corregirle e inducir al atolondrado joven, «amicitia conjunctissimo» suyo, a cambiar de vida y lograr así el necesario apoyo y la herencia del tío en el cargo y los bienes de éste.

* * *

El P. Chacón, en sus álbumes primero y segundo de los tres conservados en la Biblioteca Vaticana, se ve que mandó pintar copias de las más insignes pinturas o al fresco o en mosaico de la ciudad de Roma. Por subsistir una gran parte de los originales, aún en el día de hoy, no nos ofrecen interés mayor las unas; y otras varias, hasta ahora tampoco, por no haberse podido saber todavía a qué originales puedan estas otras referirse: no nos son útiles; mientras que nos parecen singularmente interesantes unas terceras: las de originales perdidos después de la muerte del arqueólogo español, o en la misma vida suya.

De este tercer grupo, no todas las obras, pero sí muchas de ellas, han podido ser citadas en mi libro *Monumentos,* y reproducidas en el mismo en láminas-fototipias por las fotografías de los álbumes del Chacón. Pero aparte de los mosaicos y frescos monumentales, aún en esos álbumes vaticanos se ven dibujos de otras curiosidades arqueológicas, como reliquias «insignes», magno candelabro de siete brazos (los cuatro pies de las cuatro patas, de los cuatro animales del tetramorfos); todo esto en el álbum de los Koimetērios, sin ser de ellos. Y en los dos álbumes de los mosaicos y frescos monumentales, curiosidades como la (repetida) cabeza femenil clásica que el propietario y descubridor de ella, el gran pintor Muziano, y Chacón mismo, creían de Santa Elena, y en el cual mismo papel el que creo apunte autoretrato del mismo Girólamo Muziano, y un muy bello retrato a dibujo, acaso tomado de magnífica tabla flamenca, de Moro o de otro artista notable de su tiempo, diciendo que es el retratado el famoso docto Justo Lipsio. Verdad que también se incluyeron en los álbumes algunos grabados, uno de ellos retrato de San Felipe Neri, otro de Fray Luis de Granada, y otro retrato de San Francisco de Borja (todo esto en el Vat.-Lat. 5.407). En mi libro, tomo I de *Monumentos,* en la edición de Roma y en la lujosa de Madrid, he reproducido el único retrato conocido del Beato Amadeo de Por-

tugal, el que llamaré fundador de San Pietro-in-Montorio, del Patronato español en Roma, y a la vez una figura digna del Sódoma, en la misma Iglesia perdida también. De esta suerte de temas que llamaré misceláneos, presumo muchos en los para mí desconocidos álbumes chaconianos Mássimi y Raffaelli-Cíngoli. Pero bastan los botones de muestra a que acabo de referirme, para diseñar el carácter notable de investigador en algún modo enciclopédico del P. Chacón: el amor al acopio de múltiple y multiforme material de estudio, para sí y para sus discípulos y colaboradores, todos unidos (presumo yo) bajo la dirección del maestro.

Si recordáramos solamente la primera catacumba descubierta en Roma, la de los Jordanes, ello fué en 1578, y consideramos el poco tiempo (no más de quince años) en que subsistió visitable, y ya no a fines del mismo siglo XVI, y si anotáramos que en nuestro tiempo, en 1921, ha sido nuevamente descubierta, y casi tan intacta (en pinturas) o tan destrozada (en lápidas) como en el siglo XVI, y si añadiéramos que el español, andaluz de Baeza, dominicano fraile, Alfonso Chacón, fué el primero en estudiarla, él y uno de sus pintores a su costa, el llamado «Primero», y luego y mejor uno de sus jóvenes discípulos y colaboradores, el malogrado flamenco pintor Felipe de Winghe, y si añadiéramos que el llamado Padre de la Ciencia de la Arqueología Cristiana, que personalmente fué de Chacón discípulo, Antonio Bosio (maltés, romanizado), ya no la pudo visitar y tuvo por fuerza en su gran libro, y en las láminas del mismo, que aprovecharse de los estudios, de las copias de las pinturas del P. Chacón, de su primer pintor, y las de su primer discípulo, el citado Felipe de Whinghe, ya tendríamos los españoles derecho perfecto a pregonar al P. Chacón como una de las olvidadas glorias de España, y a diputarle en todo el mundo como el iniciador y el propulsor generoso de los primeros estudios de la Arqueología Cristiana.

Pero tiene Chacón colmadísimos muy otros títulos, y del todo paralelamente. De la misma manera que en la de Jordanes, fué, y diremos categóricamente que es, el primero en estudiar el arte de las catacumbas siguientes: la de Priscilla, la de Domitilla y la de San Calixto, o sean las tres hoy reconocidas en absoluto cual las principales catacumbas; e igualmente de la catacumba de Trason, e hipogeo o cripta sepulcral en San Valentino..... Fué cual el «Colón» de no menos de seis, de las seis catacumbas primeramente conocidas y estudiadas por los modernos y de una totalmente perdida hoy [1].

Pero la intensa campaña cultural del P. Chacón, con motivo del descubrimiento de las primeras catacumbas, no fué sino la prosecución de sus vivos y generosos empeños de antes, vivos en los frescos y en los mosaicos de las iglesias de toda Roma, y también en el estudio de los sepulcros paleo-cristianos con esculturas, a más de la atención (la que otros ya tenían, sí, en este caso) al estudio epigráfico de los mármoles de la antigüedad cristiana y de la Edad Media. Todo lo cual, paralelamente y con carácter de cierta plenitud de afán arqueológico, acompañábase en el P. Chacón al estudio más estricto y acostumbradamente histórico, de su gran libro *Vidas y Gestas de los Romanos Pontífices y de los Cardenales*, empresa máxima que él iba realizando, y que ultimó desde Jesucristo y desde San Pedro hasta Alejandro VI, Borja, muerto ya en el siglo XVI, a sus comienzos (1503), el siglo que vivió Chacón, que murió al finalizarse (1599), y que su resobrino (supuesto) y colaborador Francisco Cabrera Morales acabó de publicar completándola por las notas de Chacón hasta el fin del siglo XVI, hasta el Papa

[1] Doy en cada caso los nombres modernos, es decir, los auténticamente antiguos y verdaderos nombres de los Koimetērios, los que en los álbumes del Chacón llevaban otras denominaciones, que resultaron a veces provisionales, equivocadas.

Aldobrandini, Clemente VIII († 1605), edición primera (de las tres, magnas, que se alcanzaron), la de 1598-1601.

Fué, pues, el P. Chacón, a la vez y conjuntamente, un historiador y un arqueólogo: el historiador que digamos acostumbrado, es decir, el redactor de historia a base de textos literarios y de documentos, pero también al afán vivo (y casi habrá de decirse que Chacón el primero en sentirlo) de apoyar la Historia en las bases extraliterarias, las que en los siglos posteriores estudiaran cada vez más y cada vez mejor los arqueólogos (Arqueología, Arte, Epigrafía, Heráldica, Numismática, etc.). Fué Chacón, aun con no realizar todo su empeño de sintonización, todo un grande iniciador de tales trabajos de síntesis en el estudio histórico.

El álbum de Chacón Vat.-Lat. 5.409, ya dejamos dicho que no fué el único del dominico español, aunque sí el único dedicado a las catacumbas.

Antes (presumo yo) o al mismo tiempo, o después (lo que no creo tan probable), Chacón quiso acopiar copias de las pinturas murales y los mosaicos medievales de las iglesias de Roma. Los álbumes Vat.-Lat. 5.407 y 5.408, están formados principalmente con tales copias, observándose un empeño de irlas logrando completas, lo que ciertamente no era tan hacedero.

No puedo extenderme en su estudio aquí. De lo contenido hay muchas hojas hoy de interés escaso, pues la fotografía y las reproducciones modernas, incluso en color, dejan sin utilidad las reproducciones chaconianas. Pero lo mantienen y lo acrecientan los casos, no demasiado singulares, de haberse perdido los mosaicos o las pinturas después de hechas tales copias. Por lo cual, en mi segundo tomo de la tan lujosa edición madrileña de mi libro *Monumentos de Españoles en Roma*, he dado en fototipias muchas de tales copias, que nos han revelado obras importantísimas de Arte perdidas, como las trece láminas de Cristo y

los doce Apóstoles, encargo del rey ostrogodo Ricimer en Santa-Agata dei-Goti y perdidas en 1592, como el de arte similar del Redentor y tres más tres Apóstoles del hoy Rússicon, etc.

Se ve que quizá el P. Chacón comenzó a encargar tales copias a la acuarela, por lograr retratos de Papas de la alta y de la baja Edad Media, tomados de tales decoraciones pictóricas, mosaicos o bien frescos, y sería (siguiendo el afán icónico-papal de su predecesor Panvinio) para llevar veras efigies coetáneas, o supuestas tales, a la edición de su gran libro *Vitae et Gesta*. Pero luego se atrevió a los conjuntos, e incluso (al menos una vez) dibujándolos el mismo Chacón; tal el caso de la media cúpula, o sea el catino absidal del viejo San-Pietro-Vaticano, que se derribó por entonces: pero no satisfecho de sí mismo, encargó a artista profesional una nueva copia, y juntas están en el álbum.

De Rossi, cuando andaba a la afanosa busca de los álbumes arqueológico-cristianos del Chacón, antes que con ellos (a juzgar por el solo orden de su relato, de sus párrafos), tropezó con otros dos chaconianos, el uno en la propiedad de los Rafaelli-Cíngoli y el otro en la de los Massimi: los dos álbumes de Chacón que yo no conozco (y de los que ignoro su actual paradero). Pero los diseños del primero de que nos da De Rossi noticia (ya lo dije), son de objetos de Historia Natural, muchas antigüedades, y entre éstas también lucernas cristianas de bronce, anillos, sellos, tésseras del siglo IV y V, y también algún fragmento de escultura cristiana, con notas autógrafas de mano del P. Chacón. De Rossi ve, después, el códice o álbum Massimi, y en él se encuentra, también del Chacón o para el Chacón elaborado lo gráfico, dibujos de esculturas de estatuas, de bustos paganos y cristianos, y las imágenes de Cristo y de los Apóstoles tomadas de los sarcófagos y de los mosaicos de las sagradas basílicas y numerosas inscripciones, etc. Y luego se ve que los cinco álbumes, en realidad en desorden,

suponen previas unas carpetas de ordenación, y que muerto Chacón, al pasar a otras manos, no habían recibido ordenación definitiva de verdad.

Ahora conjuntamente me demuestran, poniendo las noticias de los álbumes en relación con las bibliográficas a Chacón pertinentes, que el álbum Rafaelli de'Cingoli y el Massimi, y en pequeña cosa los de la Vaticana, corresponden a los proyectados textos (o medio realizados textos), de tratados tales invisibles de la bibliografía del P. Chacón, como el *De Metallis et mineralibus lib. V* (De terris medicatis, de lapidibus et marmoribus, de historia metallorum, de gemmis, et lapidibus pretiosi), o el *Marmoribus* (datos del Nicolás Antonio), o a los de *Antiquaria* o *De Variorum rerum natura* de la misma Biblioteca Hispana Nova, en parte también en las notas de los dominicos Guetip-Echard. Y como ambos grandes libros bibliográficos hablan de otros temas, el *De monetis* (por ejemplo) creeré no agotada la rebusca de más álbumes del Chacón, los cuales se identificarán fácilmente al publicarse ahora la letra autógrafa, así en cursiva como en capitales, del fraile español tan noblemente enciclopédico de su genialidad y entusiasmos doctos.

Es curioso que quien, como Chacón, positivamente abarcaba tanto, y para su tiempo, apretaba bastante, dejara sin «sello» ni seña parlera de su nombre tanto acopio de material, lo que ocasionó que sus álbumes de la Vaticana, dos siglos y medio pasaron sin conocérseles su autor, y sólo se reveló el nombre de éste ante el celo y constancia (y fortuna) de De Rossi. Y contrasta con ello el afán de Chacón de redactarse y muy ampliamente el elenco de todos sus libros y folletos, hechos o a hacer, ultimados o en el telar apenas comenzados. Tengo al caso la malicia de pensar que su otra gran empresa, la de publicar nada menos que una Bibliografía Universal, desde la más remota antigüedad hasta 1575 (?), propósito superior a sus fuerzas, distraídas éstas y todo su tiempo tan repartido en otros igualmente graves proyectos,

si éste lo comenzó a formular el P. Chacón, con todo un tomo I (el que tardíamente se editó en París un siglo más tarde) fué porque presuponiéndolo el catalogador en orden alfabético del nombre de los autores, él, Chacón (letra «C») iba a estar en el tomo I, como está, y así se dió la muy personal satisfacción de dejarse hecha su auto-bibliografía, la cual, es decir, el tomo I con ella, sí que se publicó en París con un siglo sólo de retraso, en principios del siglo XVIII. (De Rossi no logró en Roma ver el impreso, ni Nicolás Antonio manuscrita la viera tampoco, ni acaso tampoco Guetip-Echard (?).

* * *

En el juicio que nos debe merecer la personalidad de historiador del P. Chacón, necesitamos ver mucho más que la heterogeneidad de sus temas de estudio histórico, la general unidad en el trabajo conjunto de todos ellos a la vez: la que llamaré su noble ambición unitaria. Las pinturas de las catacumbas, los mosaicos de las basílicas, la total suya gran Bibliografía Universal..., todo es un cúmulo de empresas solamente en las apariencias, en diversidad, en especialidades, en lo que hoy llamaremos Ciencias distintas: Epigrafía, Arqueología, Historia del Arte, Bibliografía, Historia de la Iglesia, Historia de la Literatura Universal, etc. Pues es en Chacón todo una sola cosa, pues todos son en él contribuciones y entrelazadas, para avanzar y para poder perfeccionar una grande general Historia del Sumo Pontificado, católico, y como institución universal. Fuentes a la vez para ello, los libros y los documentos, las piedras parlantes, y la escultura y las representaciones pintadas en mosaicos, en frescos, etc.

Por tales amplitudes de ambición en el trabajo, en el cúmulo de los trabajos, le cuadraba a Chacón ser (valga el símil) más un estratega (del arte militar de los generales) que un táctico (del arte militar de los jefes y oficiales). Por

tales complejidades del esfuerzo de estudio, más debía de haber sido un director de los trabajos de muchos colaboradores y discípulos, que no, como lo fué, el ejecutor personal de todos sus ambiciosos planes. Y en este punto particular, si nos falta información detallada de su misma vida de trabajo de investigación (aportación, depuración y redacción y correcciones), sí que tenemos noticia bastante adecuada de sus colaboradores, ya colaboradores póstumos, los que llamaríamos sus discípulos. En la más lograda empresa histórica suya, la biográfica totalitaria de Papas y Cardenales, aun en la primera edición (1601-1602), en los años y los meses inmediatos al del óbito del maestro, figura ya y da su nombre Francisco Morales Cabrera; en la segunda o para la segunda edición (1630), bien pocos años después, fueron sus colaboradores póstumos Jerónimo, Alejandro y Andrés Victorelli, y el P. Wadingo (el franciscano historiador, en España formado, y muy adicto a España); y en la tercera o para la tercera edición (1676), todavía en el mismo siglo XVII, el oratoriano Berillus de Urbino, el abad Ugheli, Floravante, Martinelli y singularmente el jesuíta P. Agostino Olduini, doblándose o más que doblándose de nuevo la extensión de los textos.

Y en el otro trabajo, el también totalitario de las catacumbas, el mejor discípulo colaborador de Chacón fué el flamenco Felipe de Winghe, prematuramente malogrado (premuere al maestro), y nos son conocidos otros dos bien prestigiosos y bien personales discípulos póstumos o colaboradores, Giovanni Maccario (l'Hereux, de su verdadero apellido, traducido en «Macario» helenísticamente), y sobre todo Antonio Bosio, quien por varios siglos estuvo tenido, injustamente, como el iniciador de los estudios de Arqueología Cristiana.

ELÍAS TORMO.

NOTAS FINALES

Patriarcazgo de Alejandría, del Chacón. En los tomos del Carl Eubel, *Hierarchia Catholica,* en la edición de 1910, que es la que tiene la Biblioteca Nacional de Madrid (y no la de 1913-1923, de L. Schmitz-Kallenberg), entre los no ciertamente completos nombres de los titulares del Patriarcado de Alejandría no figura el P. Chacón: antes de su fecha, sí que figura Camilo Gaetani, 22 de agosto de 1588, Legado que fuera a Francia y Nuncio al Imperio y a España. No le menciona sucesor ninguno.

En cuanto al libro *Series episcoporum,* del P. Gams, en dicha Biblioteca he visto la edición de 1931, viendo que en el siglo XVI pasa de un Joachim I, que muere de ciento veinte años en 1564, a un Sylvester en 1574 y ninguno más; y los creeré Patriarcas de Alejandría de verdadero rito oriental, los dos citados, y no citándose los de rito unido.

* * *

Monumentos, así en la edición de Roma del t. I, como en la edición de lujo de Madrid del mismo tomo, fáltame en el capítulo del Thrason el párrafo de haber sido Chacón el primero en estudiar tal catacumba y en lograr para sus álbumes las primeras copias de las pinturas. Fué olvido mío del que no pude darme cuenta, por haberme olvidado de que el Koimetērio que Chacón llamó «Novellae», fué De Rossi el que terminantemente dijo que es el Thrason: y donde creeré que se han perdido los frescos que Chacón estudió e hizo copiar. Por tales inadvertencias mías (mis trabajos chaconianos en Roma fueron en 1935 y sobre todo en 1936, y mis más antiguos capítulos de mis *Monumentos* son muy posteriores, de mayo, verano y estío de 1937), yo, que visité las otras catacumbas estudiadas por Chacón (Jordanes, Priscilla, Domitilla, Calixto), no he llegado nunca a visitar la de Thrason. Tampoco el hipogeo (mejor que koimetērio catacumbal) de San Valentino (sí, el de San Nicola-in-Cárce-

re), pero no ciertamente por olvido; toda la mañana de un día de San Valentín (1939) estuve esperando en vano que abrieran para la por el periódico de la víspera tan pregonada función religiosa, única anual.

* * *

Tengo medio hecho (desde Roma) un como alarde de los mosaicos y frescos medievales (de figuras y de escenas) aún subsistentes que Chacón hizo copiar, y los subsistentes de que Chacón no llegó a tener copia, y claro que excluyendo de la consideración los que en los tiempos de Chacón eran invisibles y se han descubierto después. Pero como ese alarde allá no lo pude ultimar, y desde Madrid en realidad tampoco, me reduzco a dar la impresión final, que es ésta: que Chacón aspiró muy seriamente a lograr la totalidad, como la consiguió en la catacumba de Jordanes: pero no la pudo alcanzar, ni muchísimo menos. En Santa María Maggiore, de lo exterior y de la cabecera logró bastante, y es bien curioso que nada se vea para él copiado (en cambio) de las múltiples escenas bíblicas de la gran nave, interesantísimas por su mucha mayor antigüedad.

* * *

En mi libro *Monumentos*, van reproducidas de las copias de los álbumes del Chacón, todas las en gran parte perdidas de la catacumba de San Valentino (I, 121, 122), pero son pinturas del siglo VII; a más de dos pinturas del XV (I, 105, 106) perdidas, en San-Pietro-in-Montorio, citadas aquí antes; y en el tomo II, de mosaicos y frescos medievales perdidos, las perdidas de Santa Ágata-de-Goti (II, 193 a 205), de San Nicola-in-Cárcere (II, 207 a 212), de Santa Bibiana (II, 225, 226), de el hoy Rússicum (II, 229 a 231), de la que fué Santa Eufemia, iglesia desaparecida (II, 223), de San Salvatore-in-Onda (II, 232) y de Santa Susanna (II, 227, 228).

* * *

Damos aquí las reproducciones, con especial idea de mostrar diferencialmente el estilo de los pintores que utilizó Chacón para sus copias: una muestra sola doy de cada uno de los cinco pintores anónimos de quienes discriminó cuidadosamente Wilpert sus respectivas labores.

Del «Pintor 1º», la pintura de Fossor Trofimus, una de las dos pin-

turas de la catacumba de Jordanes que al volverse a descubrir en el siglo XX el Koimēterio no resulta subsistente el correspondiente «7° Sacello» (la otra, no subsistente, las de Paulus, «2° Sacello»).

Pero doy en reproducción diminuta (al micro-film) todas las pinturas del mismo Koimetērio, totalmente reproducidas para Chacón recién descubiertas. Nos dan vivo el primer trabajo de acopio de material de estudio en la historia de la Arqueología Cristiana. Todo del «Pintor 1°».

Del «2° Pintor» van las tres escenas del Koimetērio de San Calixto (San Pedro, Belén, los tres jóvenes y la estatua de Nabucodonosor).

Del «3° Pintor» que me apellido «el tintoso» (artista de mérito, para poderse someter a los originales), del Koimetērio de Domitilla, el Buen Pastor y las cuatro estaciones.

Del «4° Pintor», que yo creería Guido Reni en su juventud, tres figuras simbólicas, traducidas a mayor clasicismo: del Koimetērio de Domitilla.

Del «5° Pintor», que me apellido «el de los ojos vivos con un solo puntito», dos techos de locullos, ambos del Buen Pastor con otras escenas (Oreb, Sacrificio de Isaac, Jonás, Resurrección y de Lázaro...), de lugar o Koimetērio que ya Bosio declaró perdido.

Wilpert trató de todas las copias varios años antes de aquellos sus grandes lujosísimos libros, sobre pinturas, como sobre mosaicos (y esculturas) de Roma: otra publicación de Arte Cristiano.

El perdido ábside del viejo San Pietro-Vaticano, locamente derribado en los días del Chacón, o muy poco después, lo reproducimos dos veces: de mano (no de artista) del mismo Chacón y fechado en 1593, y a consiguiente encargo suyo a uno de sus artistas profesionales, a mi ver del «5° Pintor». Era obra que se decía del Papa Inocencio III (1198-1216). El mismo Papa se ve frente a la «Iglesia Romana»; entre ellos cruz, altar y el cordero; éste entre otros seis y seis (los Apóstoles) y Jerusalén y Belén. A los pies del Redentor los ríos del Paraíso, cual fuentes.

En latín y en griego los nombres de Santos Pablo y Pedro. El mosaico, parecería del siglo IV (las escenitas, las grandes figuras, etc.), pero restaurado por Inocencio III (el mayor, como soberano, de los Sumos Pontífices de todos los siglos).

* * *

El libro que llamaré preliminar de Wilpert (que es donde estudió uno solo de los álbumes de Chacón, el tercero) se publicó en 1903 en

Friburgo en Brisgovia, con el título (en la edición italiana) de *Le pitture delle catacombe romane;* sus viñetas, deficientes.

El grande lujosísimo libro de Wilpert, se publicó en la misma ciudad de Friburgo en 1917, con el título *Die Römischen Mosaiken und Malerein der Kirchlichen Bauten, von IV, bie XIII, Jakrhundert,* en cuatro muy recios volúmenes monumentales, las láminas en general en colores. Pudo lograrse la edición con imperiales ayudas y larga lista de suscritores. El Kaiser alemán, Wilhem II, pagó la mitad del presupuesto de la edición, y el Kaiser Franz Joseph II, de Austria, se abonó previamente un buen bloque de ejemplares, creo recordar que en número de 30. Tenemos ejemplar (y no de antiguo) en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. El autor en tal grande obra, ya apenas citó a Chacón, cuyo tema tratado había en el librito que he calificado de preliminar propedéutico para lograr la edición grande.

Wilpert es, y desde hace muchos años, el Decano de los Protonotarios Apostólicos de número: del tal cargo, el llamársele Monseñor Wilpert.

* * *

Las copias de las pinturas de las catacumbas, hechas para el Padre Chacón, fueron anteriores (como es bien sabido) a las de su discípulo Winghio, que, cual flamenco, era bastante más sumiso a la realidad de lo que veía y copiaba; y como Winghio (cuyas copias se perdieron, pero cuando se las había recopiado) falleció (en Florencia) en 1592, y en 1592 Bosio no tenía sino diecisiete años de edad, véase claro cómo los afanes de Chacón precedieron a todos los de otros, aun a los de todos sus discípulos, en lograrse material de estudio de lo pintado en más de media docena de Koimetērios.

De las deficiencias y errores de varias de las copias se comentó, y aún se comenta, sin decir una palabra de las dificultades del trabajo entonces: cuando sólo se podían aprovechar luces de aceite o de cera, y en muchos casos en posturas verdaderamente incómodas y aun inverosímiles.

La buena voluntad de Chacón se evidencia al ver nosotros que en las copias de las pinturas murales y de los mosaicos de las basílicas de la urbe, los mismos pintores que le copiaban en lo subterráneo a veces mal, y las más veces sólo medianamente, supieron, en cambio, copiarle mejor en los templos, y con muchísima más sumisión y corrección y con verdadero acierto, y eso que los pintores de la época «manierista» no sabían desprenderse nunca del clasicismo manieris-

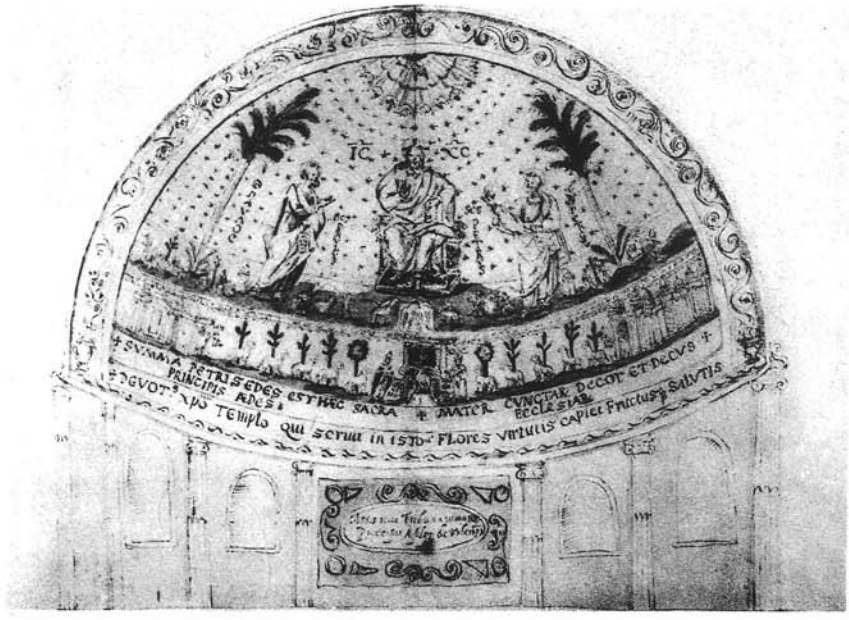
ta de su educación. Los mismos doctos modernos que se olvidan del Chacón y todo su aplauso es para Bosio, han tenido que reconocer que todavía las copias del libro de Bosio que no proceden del Chacón y del Winghio son las peores, y de fidelidad arqueológica desastrada muchas veces.

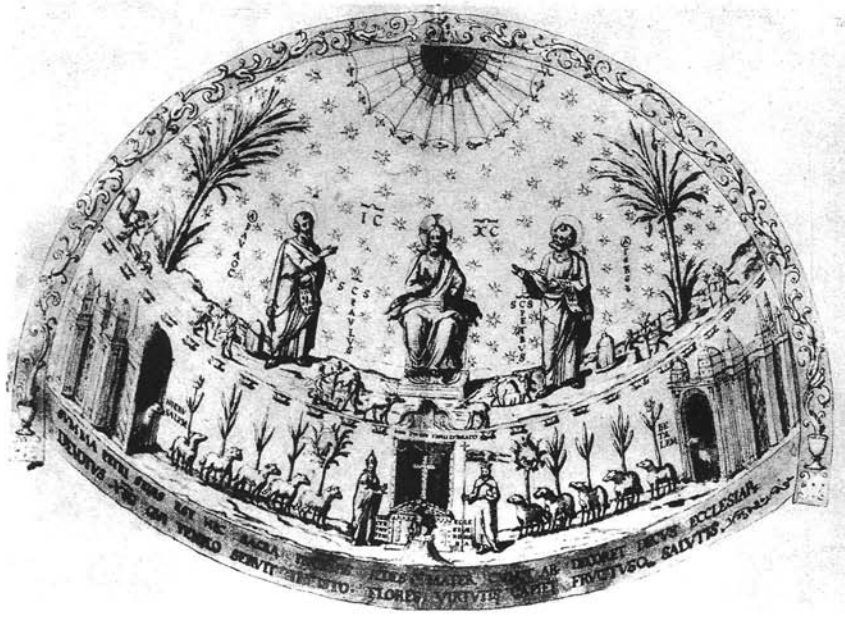
Aún en nuestros tiempos fracasa en los lóculos y arcos de subterráneos la fotografía a veces, y han de procurarse copias a mano, pero en tarea de verdadero arqueólogo escrupuloso. En estos años, a juicio mío, el incomparable copista (mosaicos, frescos...) es el muy docto sacerdote De-Bruyne, que me sirvió de cicerone en la visita al Koimetērio de Santi-Pietro-e-Marcellino: «el más admirable y escrupuloso copista conocido de pinturas koimeteriales, como de mosaicos basilicales», le dice mi libro.

* * *

La Real Academia de la Historia ha hecho reproducir fotográficamente todo el contenido de los tres álbumes de Chacón de la Biblioteca Vaticana, ya llegadas a Madrid las copias al corregir estas pruebas. Recordaré que el magnífico Cardenal Federico Borromeo, el magnánimo creador de la «Ambrosiana» en vida de Chacón, quiso copia también, y en la «Ambrosiana» se conserva. Federico era sobrino, y su tío San Carlos (ambos Arzobispos de Milán, sucesivamente) fué quien personalmente le ordenó de sacerdote. En la foto-copia de los álbumes, en la Academia de la Historia, está incluída la carta disertación por Chacón dirigida al Cardenal Federico Borromeo, sobre las pinturas subterráneas de San Nicola-in-Cárcere, iglesia romana de que era titular Federico. (De la «Ambrosiana» fué conservador y director, la mayor parte de su vida, el último difunto Papa Pío XI, Ratti.) Ahora sería del caso, con las fotografías, confrontar la copia del Cardenal Borromeo, así en dibujos como en los textos: pero las circunstancias actuales no lo consienten.

Del Segundo Album del P. Chacón (Vat. - Lat.-5408) siglo XVI.
I.- De mano del P. Chacón en 1593. II.- Del "*Quinto*" de sus pintores.

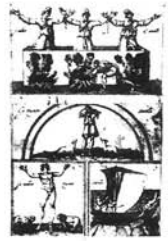




Del perdido Mosáico, del gran ábside del viejo S.-Pietro-Vaticano: Cristo en trono, entre S. Pablo y S. Pedro; Fuentes del paraíso; Jerusalém y Belén; Inocencio III (1198 ✠1216) y la Iglesia ante el Cordero;... etc.

HAUSER Y MENET
MADRID

Del Tercer Album del P. Chacón (Vat.-Lat.-5409).
Del "*Primero*" de sus pintores.



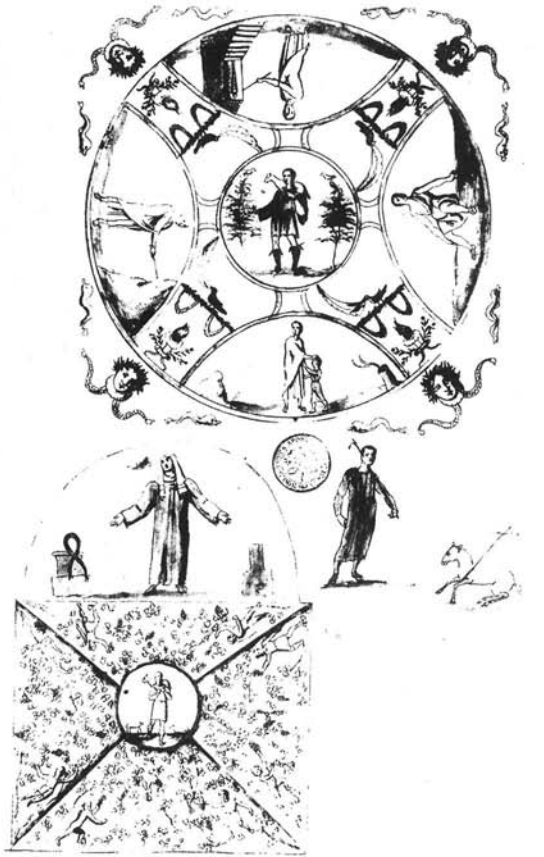
Todas las pinturas de la Catacumba de Jordanes, descubierta en 1578 y obtruida por 1590: de microfilm.

El fossor, ampliación, perdido: el resto en general intacto, al redescubrirse, en 1921, la catacumba.

HAUSER Y MENET
MADRID

Del Tercer Album del P. Chacón (Vat.-Lat.-5409) siglo XVI. Del "*Segundo*" y del "*Quinto*" de sus pintores.

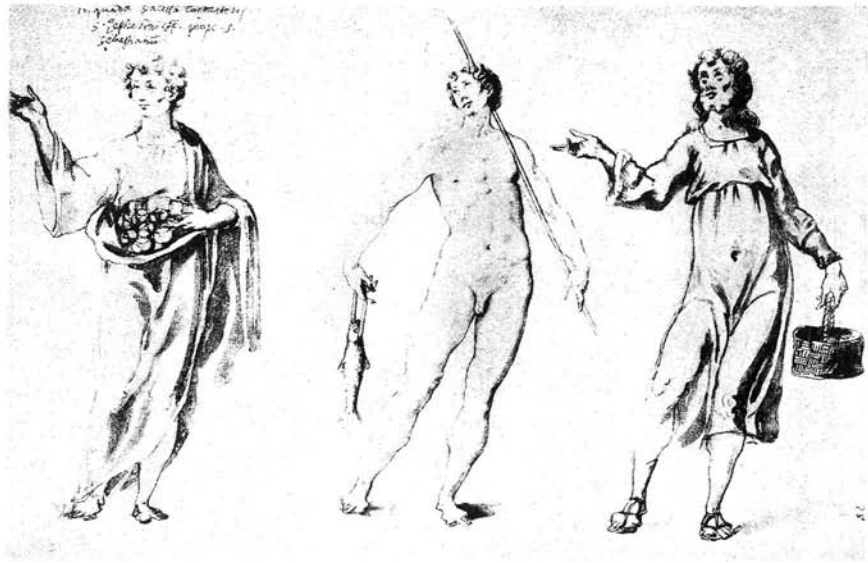
Crucifixión de S. Pedro; Los Reyes Magos; Ananías, Azarías y Misael ante la estatua de Nabucodonosor: De la Catacumba de S. Calixto.



El Buen Pastor, la Peña de Oreb, Sacrificio de Isaac, Jonás, Resurrección de Lázaro; Orante;... etc. De la Catacumba de Thrason (?) perdido (?).

HAUSER Y MENET
MADRID

Del Tercer Album del P. Chacón (Vat.-Lat.-5409), siglo XVI.
Del "*Tercero*" y del "*Cuarto*" de sus pintores.



I.- El Buen Pastor y Símbolos de las cuatro Estaciones del año:
copia a sola tinta, de la catacumba de Domitilla.

II.- Dibujo a trazo de lápiz, pintura a aguadas.
De artista que parecería Guido Reni jóven.
De la catacumba de Domitilla, cubículo "*del Rey David*".

HAUSER Y MENET
MADRID